

[Volver a Palabras a los intelectuales...](#)/ Indira Fajardo Ramírez

[“Releyendo Palabras a los intelectuales 54 años después”](#)/ Raynier Pellón Azopardo

[Refundar en el espíritu de Palabras a los intelectuales](#) /Juan Nicolás Padrón

[Fidel nos enseñó a perder el miedo](#)/ Miguel Barnet

[La cultura se desmitificó, se llenó de pueblo y se fundió con él](#)/ Eduardo Torres Cuevas

[Fidel, el compromiso y la palabra cumplida](#) / Pedro de la Hoz

[Mis palabras sobre las Palabras](#) / Eldys Baratute

[Somos hijos de aquellos sueños convertidos en realidades](#) / Liliam Mendoza

## **Volver a Palabras a los intelectuales...**

**Indira Fajardo Ramírez.**

Las siguientes líneas intentan exponer el modesto punto de vista de una generación resultado de la puesta en práctica de las premisas que han identificado a nuestra política cultural por más de 50 años. Por lo que no será un ligero recordatorio de la connotación que ha tenido este discurso a lo largo de estas décadas de Revolución.

Toda vez que releo *Palabras a los intelectuales* me convengo de que no puede ser vista, únicamente, como la plataforma para sedimentar las bases de la creación artística en el país y lo mantengo en presente porque creo que ahora es el mejor momento para sostener un diálogo de esta índole con los creadores noveles en sus códigos, con su lenguaje y a nuestra manera. Creo que aun cuando los reunidos aquel día en la Biblioteca Nacional ciertamente en su mayoría eran artistas y creadores, las palabras de Fidel no están destinadas solamente a ellos, su alcance es inclusivo, porque si analizamos su contenido el núcleo fundamental de todo eso es cómo beneficiar al pueblo y hacer emerger una identidad propia y en ese empeño no solo los artistas y creadores tenían (tienen) una responsabilidad sino también el maestro, el estudiante, el obrero, el campesino, en fin la sociedad en su conjunto. De ahí que poner este discurso a conocimiento y entendimiento del pueblo y de las generaciones sucesoras a las que lo protagonizaron, no es solo una garantía para entender el camino que hemos transitado con sus proyectos de impacto social y procesos culturales, sino que ha sido también una manera de compartir responsabilidades entre todos los implicados en contribuir al desarrollo social de la nación con la cultura como bandera.

A la hora de organizar las ideas que quería transmitir, confieso que encontré mayores luces en la intervención de Retamar al cumplirse los 40 años de *Palabras...*, después de pasar por las de Graziella y Armando Hart en el 30 aniversario y más recientemente las de Fernando Rojas y Jaime Gómez Triana.

En principio, para ser coherentes, hay que poner el hecho que nos ocupa en contexto. Un mapeo rápido nos permite identificar la vorágine histórica en medio de la cual se sostiene este encuentro con los intelectuales. Por un lado transcurría la Campaña de Alfabetización, se alcanzaba la Victoria de Girón y la Revolución con apenas dos años de triunfo no renunciaba a su derecho a existir en beneficio de todos. En este escenario también nacían la mayoría de nuestros padres y esto, a mi juicio, se sitúa por sí mismo en un punto importante para cualquier análisis posterior que pueda hacerse sobre *Palabras a los intelectuales*.

Los que entonces eran niños en el '61 fueron, digamos, la materia orgánica para la implementación de los principios que se defendían en la política cultural resultante de aquel encuentro. El acceso democrático de todos a la cultura (desde una visión mucho más profunda que trasciende lo artístico) abrió el camino no solo a la satisfacción espiritual de la población sino a la sedimentación de un pensamiento de nación en el que todos por igual tendríamos las mismas oportunidades.

## **El descubrimiento...**

Como mucho soy hija de la generación que nacía o era muy pequeña cuando sucedió este encuentro por lo que solo tenemos referencia de él por las publicaciones que se han hecho y por los recuerdos de algún protagonista que vivió aquellas intensas jornadas.

Al recorrer las diversas evocaciones que se han hecho de Palabras a los intelectuales, sobre todo en los aniversarios cerrados, no dejo de pensar en que hacía en esos años.

Al cumplirse los 30, mi generación apenas contaba con 4 o 5 años de edad, lo que quiere decir que mientras Graziella Pogolotti y Harmando Hart, entonces vicepresidenta de la Uneac y ministro de Cultura respectivamente, intervenían en el acto realizado en la Biblioteca Nacional en recordación de este aniversario; nosotros cursábamos tranquilamente los primeros años de la escuela primaria sin plena conciencia, en algunos, de los difíciles momentos ideológicos que la coyuntura imponía para el país y en los que aun así los creadores y artistas volvieron a dialogar a ya no sobre la base de sueños, sino de realidades materializadas.

En el 2001, a cuatro décadas de pronunciado *Palabras...* cursábamos la secundaria y puedo asegurar que existía esa misma distancia entre los adolescentes que se formaban en las aulas y los debates que por ese entonces abordaban los destinos culturales del país y su entretejido espiritual.

Como profesa un dicho popular, quien no conoce su historia está condenado a repetirla, y en esa reiteración muchos sin conciencia formamos parte de un proyecto que pensábamos nuevo, espectacular, único de su tipo: la formación de instructores de arte.

Si los que iniciábamos la formación hubiéramos conocido del discurso mucho antes, estoy convencida de que se hubiese comprendido mejor la dimensión de la profesión. Cada etapa de apertura del programa respondió a una coyuntura desde el '61 hasta el 2014. Unos con resultados excelentes otros no tan felices, pero creo que lo grande de esa obra está en que ha perdurado en los años de Revolución como una conquista que el pueblo, como mayor beneficiado ha agradecido siempre.

## **La relectura de *Palabras...***

Comencé a entender este discurso algo tarde o quizá fue en el momento en que tenía cierta madurez para entenderlo. Ocurrió en el décimo aniversario de la Brigada José Martí. Desde ahí tuve plena convicción en primer lugar de la grandeza de Fidel, no por la elocuencia ni la firmeza en sus palabras, sino porque desde su sinceridad logró ser escuchado. En ningún momento juega a pretender saber más que sus interlocutores, establece un equilibrio en el que los hombres de gobierno y agentes de la Revolución están a la altura de los

creadores y artistas porque realizaron la Revolución como obra mayor. Por tanto invita a dialogar y construir un pensamiento en el que cultura y Revolución vayan de la mano.

En el entendido de que el concepto, la significación y valía de *Palabras a los intelectuales*, a mi consideración, no está únicamente en los principios que se quedaron definidos para sustentar, lo que luego sería nuestra Política Cultural, sino que va más allá. Va hacia entenderlo como el proceso de construcción de un país en el que había que consolidar un profundo pensamiento de nación, desde dentro.

Pero también deja claro algunos conceptos que a veces se pierden o no se tienen mucho en cuenta porque las interpretaciones tienden a ceñirse únicamente a la traída y llevada frase “*dentro de la Revolución todo, contra la Revolución nada*”.

Lo primero que me gustaría significar es que a lo largo del discurso la palabra Revolución en sí misma adquiere un mayor significado y dimensión. Fidel hace que la Revolución tome un verdadero sentido para los creadores y artistas allí presentes y no escatima en dar explicaciones, la pone en el centro del análisis de manera positiva, como a su juicio debía verse. Y no puede pretender que se entienda el sentido de la Revolución si no se tenía conciencia de lo que es ser revolucionario por eso pueden encontrarse ambos conceptos, atemperados a la coyuntura, unidos párrafo tras párrafo de manera sincera y coherente. No creo que el momento exigiese que se hablara de otra manera porque necesariamente había que comprometer a todos los que estaban viviendo ese proceso radical a trabajar para el pueblo y a brindar su arte al pueblo hasta convertirlo en el principal creador. En este sentido me gusta recordar el fragmento que menciona:

*Hay que esforzarse en todas las manifestaciones por llegar al pueblo, pero a su vez hay que hacer todo lo que esté al alcance de nuestras manos para que el pueblo pueda comprender cada vez más y mejor.*

Nadie puede dudar de este principio como valor indispensable de una Revolución que busca aunar voluntades para beneficiar a las masas.

Cabría pensar en las responsabilidades y compromisos de un revolucionario de estos tiempos - sobre todo desde la cultura - para tener más clara la realidad que debemos cambiar.

Por otra parte, releendo *Palabras...* se pueden encontrar deudas que aún no están lo suficientemente saldadas con el futuro de ese entonces que hoy son nuestros padres y nosotros mismos. Y me refiero específicamente a contar mejor la Revolución como proceso logrado y vivido por sus propios protagonistas. Ese tiene que ser el referente para que las generaciones presentes sepamos no solo contarla al futuro, sino escribir nuestra propia historia.

Después de los acontecimientos que por estos días le han dado un mayor protagonismo al país y a nuestra sociedad en su conjunto y teniendo en cuenta todo lo que traerá consigo, creo que más que nunca hay que sistematizar el diálogo con los profesionales de la cultura de manera general que permita repensar el país que tenemos y el que queremos, sin temor a que la posteridad sea quien diga la última palabra.

[Ir Arriba](#)

## **“Releyendo Palabras a los intelectuales 54 años después”**

**Raynier Pellón Azopardo**

Siempre resulta revelador y una necesidad releer a Fidel. En esta ocasión respondimos a la invitación que nos hiciera la Asociación Hermanos Saíz (AHS), para que un grupo heterogéneo de cubanos confluyéramos en el loable propósito de dialogar, 54 años después, sobre las palabras que el líder de la revolución dirigió a los intelectuales en 1961.

Para alguien que nació en 1980, y disfruta al estudiar la historia, resultó de sumo interés profundizar y compartir sus modestos conocimientos sobre el trascendental hecho. Sin embargo, ante la imprevista coyuntura de encontrarme entre los ponentes, más que divulgar objetivamente lo acontecido - lo cual resulta necesario - la mayor motivación recayó en destacar la apreciable vigencia de aquellos principios expuestos por Fidel y entre los que se encuentra la esencia de la Política Cultural de la Revolución Cubana. Dos interrogantes me acompañaron implícitamente durante el debate: ¿cuáles son los retos actuales de la intelectualidad cubana?; ¿cuáles son los desafíos que hoy debe enfrentar un revolucionario?

Dialogamos, sobre palabras a los intelectuales, desde un contexto nacional e internacional peculiar. Podríamos decir que inédito en algunos de sus ámbitos, y ante los cuales urge la concurrencia de todo el potencial intelectual y cultural de nuestro pueblo. Al igual que en 1961, año en que la Revolución se encontraba asediada por todo tipo de agresiones, nuestra patria requiere la unidad de todos los cubanos.

“ ... la Revolución debe tener la aspiración de que marchen junto a ella no solo todos los revolucionarios (...) La Revolución no puede renunciar a que todos los hombres y mujeres honestos, sean o no escritores o artistas, marchen junto a ella (...) La Revolución tiene que comprender esa realidad, y por lo tanto debe actuar de manera que todo ese sector (...) que no sean genuinamente revolucionarios, encuentren que dentro de la Revolución tienen un campo para trabajar y para crear (...) Es decir, dentro de la Revolución. ” (...) por cuanto la Revolución comprende los intereses del pueblo, por cuanto la Revolución significa los intereses de la nación entera - , nadie puede alegar con razón un derecho contra ella.”

Desde fecha tan temprana quedó zanjado el carácter genuinamente inclusivo del proceso revolucionario y de su política cultural. Un espacio donde deben converger, trabajar, crear y expresarse - sin discriminación alguna - la amplia mayoría de los cubanos. Conocer las causas más profundas de posteriores distorsiones y errores - ya superados en importante medida - es condición indispensable para que estos no sean reeditados, y particularmente para poder afrontar los peligros - tanto externos como internos - que hoy enfrenta nuestro modelo sociopolítico. Un sistema que por su naturaleza humanista está destinado a ser cada vez más justo, emancipador y aglutinador. Como principal garante de los intereses del pueblo y de su desarrollo cultural, tiene entonces un legítimo derecho: el de existir, desarrollarse, y defenderse de sus enemigos. "... frente a los derechos de todo un pueblo, los derechos de los enemigos de ese pueblo no cuentan."<sup>1</sup>

Hoy gozan de total vigencia algunas de las preocupaciones expresadas por Fidel a los intelectuales en 1961: "... La gran preocupación que todos nosotros debemos tener es la Revolución en sí misma. (...)¿Es que nosotros creemos que la Revolución no tiene enemigos?

Afrontar los peligros que atentan contra la profundización y desarrollo de nuestro sistema sociopolítico, y frente a los cuales nuestra intelectualidad juega un rol medular, también implica que consideremos las tendencias que identifican al sistema de relaciones internacionales. En la era de la globalización, el desenlace de problemas mundiales termina vinculando e incidiendo tanto las dinámicas internacionales, como los asuntos específicamente domésticos. La isla de Cuba no puede escapar de ellos. Por lo cual, abordar los desafíos de la intelectualidad cubana y de nuestra patria en sentido general, implica al menos, una aproximación al tema.

La persistencia más o menos acentuada de la actual crisis económica mundial, en medio de las tendencias globalizadoras neoliberales, han provocado graves tensiones en el sistema de relaciones internacionales. La forma en que se desarrollan los vínculos entre los principales actores del sistema, no solo están influyendo en los procesos políticos, económicos, socioculturales y de seguridad a nivel bilateral o regional, sino que inciden en la fisonomía del sistema capitalista global, y particularmente en el inicio de una transición hacia un mundo multipolar.

Se aprecia un importante peso de los países emergentes. Sus alianzas económicas, sin ser antagónicas con el modelo global de acumulación, constituyen una amenaza para la proyección estratégica de EEUU y sus aliados, al cuestionar en la práctica, sus mecanismos de dominación global. En lo político, América Latina continúa representando el epicentro de una posible alternativa ante los esquemas de explotación imperialistas.

---

<sup>1</sup> Discurso pronunciado por el Comandante Fidel Castro Ruz, Primer Ministro del Gobierno Revolucionario y Secretario del PURSC, como conclusión de las reuniones con los intelectuales cubanos, efectuadas en la Biblioteca Nacional el 16, 23 y 30 de junio de 1961. (Departamento de Versiones Taquigráficas del Gobierno Revolucionario)

También resultan visibles, en el marco de la globalización, un conjunto de problemas que impactan tanto las dinámicas internacionales, como en los asuntos específicamente nacionales. Resultan difícil de enfrentar, desde los marcos de un Estado específico y sin la coordinación de múltiples actores, temas como la contaminación ambiental, la estabilidad financiera, las migraciones, la crisis alimentaria, los brotes epidémicos, el tráfico de drogas, de armas y de personas, la proliferación de valores nocivos, como pueden ser el culto a la violencia, la discriminación, o la xenofobia.<sup>2</sup>

Ante las mencionadas tendencias, las potencias imperialistas pretenden cambiar su imagen. Conjugan métodos del poder suave e inteligente con instrumentos de fuerza, mientras que al propio tiempo persiste en sus objetivos estratégicos, luchan por el acceso y control de recursos naturales y velan por mantener su primacía ante una correlación de fuerzas, que a escala global, muestra signos de cambio.

En este contexto se produce el restablecimiento de las relaciones diplomáticas entre Cuba y EEUU. También se negocia un presumible acuerdo de Cooperación y Diálogo Político con la Unión Europea (UE). Ambos hechos constituyen, en primera instancia, una victoria del pueblo cubano y de su liderazgo histórico. Inquebrantables ante las agresiones que durante décadas se han implementado para socavar las bases de nuestro sistema político.

Se abre la posibilidad, al propio tiempo, de establecer una relación sobre bases recíprocas, y con pleno respeto a la igualdad soberana de los Estados y al marco jurídico y el ordenamiento institucional de las partes. Queda un terreno abonado para todos aquellos actores - económicos, políticos, socioculturales - que a pesar de sus diferencias, apuesten por una convivencia civilizada, el mejoramiento de las relaciones y el desarrollo de la cooperación en asuntos de mutuo interés.

Sin embargo; en el seno de potencias como EEUU y la UE, grupos de poder convergen en la promoción de valores compartidos. Entre ellos constituye una constante el intento de extrapolar a todas las naciones del planeta, como única vía democrática al desarrollo, el modelo económico y sociopolítico imperante en los países capitalistas, lo cual desestima los criterios, cultura y especificidades de naciones subdesarrolladas. Como resultado de un consenso político e ideológico, comparten la estrategia de promover, desde distintas aristas, su concepción de democracia en Cuba. También coinciden en su percepción sobre la actualización del modelo económico cubano; al considerar que el citado proceso traerá aparejado cambios que favorecen la

---

<sup>2</sup> Para una mayor profundización sobre el tema consultar: BARÓ HERRERA, SILVIO. Consideraciones acerca del contexto ideo-político internacional. Obra Inédita. Centro de Investigaciones de Política Internacional.

“llamada transición” en Cuba. Esta es una de las variables que consideran para justificar su aproximación, y el cambio de sus tácticas.

En esta oportunidad promueven un mayor contacto de los agentes sistémicos del modelo capitalista con la sociedad cubana. Pretenden penetrar en el núcleo de nuestro ser, de nuestros hábitos, modos de pensar y de relacionarnos con otras personas. En el sentido gramsciano, esta es una dominación que se procura alcanzar mediante la legitimación y no mediante el uso de la fuerza.<sup>3</sup>

Como respuesta nos corresponde salvaguardar las conquistas alcanzadas, pero de manera específica, resulta oportuno eliminar aquellas barreras internas que impiden beber y aprovechar al máximo, todo el caudal de conocimientos que se ha forjado a lo largo del proceso revolucionario. Esa sabiduría de la cual nuestro pueblo es depositario y que debemos utilizar, eficientemente, en la construcción de un país próspero, sustentable y de carácter socialista.

Abordar nuestros problemas económicos, políticos, o socioculturales requieren enfoques estructurales y sistémicos. Perfeccionar nuestro modelo social, implica considerar el rol específico de nuestras organizaciones, organismos o instituciones, las relaciones objetivas que se establecen en el interior de estas estructuras, y entre éstas y la sociedad en su conjunto, el rol de las regulaciones políticas y jurídicas, los factores socio culturales, políticos e ideológicos que inciden en un proceso; y particularmente el fomento de una participación activa, consciente, libre de formalismos y comprometida de nuestros ciudadanos.

La propia actualización de nuestro modelo económico impacta simultáneamente al conjunto de las relaciones sociales, la ideología, los vínculos interinstitucionales, las relaciones de propiedad, así como las jerarquías y valores establecidos, los comportamientos, mentalidades, y la cultura cívica.

La conjugación de problemas globales con las propias dinámicas internas, coloca a nuestra sociedad y a su intelectualidad ante importantes desafíos. Otras palabras de Fidel, al igual que el abordado intercambio con los intelectuales, me convoca constantemente a meditar y a forjar posiciones. Me refiero al discurso pronunciado en el Aula Magna de la Universidad de La Habana (UH) en noviembre del 2005. En aquel entonces cursaba el cuarto año de la licenciatura en historia, y entre las aulas y pacillos de la UH los alumnos debatimos espontáneamente alguna de las interrogantes realizadas por el líder de la revolución. Interrogantes que él propuso, no olvidáramos nunca.

“... ¿Creen ustedes que este proceso revolucionario, socialista, puede o no derrumbarse? ¿Lo han pensado alguna vez? ¿Lo pensaron en profundidad? ¿Conocían todas estas desigualdades de las que estoy hablando? ¿Conocían ciertos hábitos generalizados? (...) ¿Cuáles serían las ideas o el grado de conciencia

---

<sup>3</sup> ACANDA, JORGE LUIS. Traducir a Gramsci. La Habana: Tesis (Editorial de Ciencias Sociales), 2007. 1st ed.



que harían imposible la reversión de un proceso revolucionario? Cuando los que fueron de los primeros, los veteranos, vayan desapareciendo y dando lugar a nuevas generaciones de líderes, ¿qué hacer y cómo hacerlo? Si nosotros, al fin y al cabo, hemos sido testigos de muchos errores, y ni cuenta nos dimos. (...) Este país puede autodestruirse por sí mismo; esta Revolución puede destruirse, los que no pueden destruirla hoy son ellos; nosotros sí, nosotros podemos destruirla, y sería culpa nuestra...”<sup>4</sup>

En aquel discurso, también destacó los peligros que siguen atentando contra la propia existencia de la especie humana. En un mundo globalizado, y que se encuentra en minutos decisivos de su destino, existen innumerables injusticias, abusos, saqueos, y egoísmo que predominan como resultado del propio sistema, que algunos pretenden reinstaurar en Cuba. Al propio tiempo; y como un hecho que debe analizarse indisolublemente vinculado con el contexto global, Fidel colocaba en el centro de nuestras inquietudes los asuntos internos de Cuba.

Diez años después, y ante el nuevo rostro que nos presentan los EEUU y sus aliados, no creo que debamos disgregar esfuerzos. Enfrentar los nuevos métodos imperiales, y los desenlaces del neoliberalismo globalizado, implican - necesariamente - el perfeccionamiento de nuestro modelo sociopolítico. En ese sentido, y sin desconocer el enfoque estructural que requiere, considero que urge combatir los problemas emanados del sector burocrático. Estos no pueden reducirse, superficialmente, al juicio despectivo que se utiliza para describir los excesivos papeleos y trámites que conducen a ralentizar cualquier gestión.

En mi opinión, debemos referirnos a un asunto de mayor calado. Me refiero a aquellas personas que dentro del sector burocrático, aprovechándose de sus facultades y funciones públicas, obran sin reparos en defensa de sus propios intereses y de aquellos círculos sociales más cercanos. Reconocer nuestras deficiencias, es el primer paso para corregirlas; y hoy nos toca reconocer, que la administración y distribución de las riquezas generadas por el pueblo, sufren el lastre de aquel sector, que inmerso en nuestras estructuras burocráticas, lucran con parte de los recursos y servicios que se han destinado a nuestros ciudadanos.

Percibo que este sector, inmerso entre ciudadanos sinceramente consagrados a la consolidación de nuestro sistema, va configurando una identidad y conciencia de grupo, distanciado del conjunto de la sociedad. Saben identificar a su par, se apoyan mutuamente, y colocan o promueven a personal de su confianza en sectores de disímil naturaleza. Subliminalmente subvierten, en su radio de acción inmediato, la esencia misma del proceso revolucionario.

Ante las problemáticas descritas – tanto externas como internas – ¿Cuánto puede hacer, nuestra intelectualidad? Una intelectualidad multiplicada, y que hoy integran ingenieros, científicos, médicos,

---

<sup>4</sup> Discurso pronunciado por Fidel Castro Ruz, Presidente de la República de Cuba, en el acto por el aniversario 60 de su ingreso a la universidad, efectuado en el Aula Magna de la Universidad de La Habana, el 17 de noviembre de 2005. (Versiones Taquigráficas-Consejo de Estado)

escritores, artista, profesores, etc. Sus acciones deben suponer la promoción de políticas que tiendan a elevar el nivel de vida de la población, la adopción de mecanismos de gestión económico - administrativos que se caractericen por una mayor eficiencia, que contribuyan a un incremento de la productividad del trabajo, a avanzar en la recuperación de sectores económicos cuyas producciones puedan ser utilizadas como rubros de exportación, el desarrollo de una trabajo político - ideológico más efectivo, una remodelación de las organizaciones de masas para que sus funciones se ajusten a las acciones que el Partido y el gobierno llevan adelante actualmente, una revisión de los mecanismos de trabajo y otros aspectos del Poder Popular, una elevación de la calidad de nuestros medios de comunicación masiva, y respondiendo a un reto de estos tiempos, contribuir a la elaboración de una conceptualización teórica del socialismo en Cuba; un asunto que será abordado en el 7mo Congreso del PCC, a efectuarse en abril de 2016.

Es de gran utilidad recurrir al pensamiento de Fidel. Los principios expuestos en palabras a los intelectuales, 54 años después, siguen siendo un referente indispensable. Crear un amplio abanico de oportunidades que permita aprovechar todo el talento artístico del país, desarrollar el arte y la cultura, precisamente para que continúen siendo un verdadero patrimonio del pueblo, escribir sobre la historia de nuestra revolución, para facilitar la comprensión de nuestro momento histórico pero también para promover la continuidad del proceso, son algunas de las directrices sobre las que es loable seguir trabajando.

El liderazgo histórico de la Revolución nos ha legado, a las nuevas generaciones, una gran riqueza que resguardar, pero espera de nosotros mucho más que salvaguardar la obra anterior. Nos corresponde, como actores conscientes y protagonista de nuestro tiempo, hacerla nuestra y superarla. Cuando Fidel, en 1961, aunaba el apoyo de la intelectualidad cubana, planteó:

“La generación venidera será mejor que nosotros, pero nosotros seremos los que habremos hecho posible esa generación mejor.”<sup>5</sup>

Otro fundador, e incansable promotor del diálogo, Alfredo Guevara, nos ha planteado:

“No le propongo a los jóvenes considerarse sabios. Hay que proponerse ser mejor que Carpentier, que Lezama, que Alicia. Hay que proponerse ser mejor que los mejores, que Harold Gramatges, que Leo Brouwer. Hay que ser mejor que ellos; pero, hay que partir de ellos.”<sup>6</sup>

---

<sup>5</sup> Discurso pronunciado por el Comandante Fidel Castro Ruz, Primer Ministro del Gobierno Revolucionario y Secretario del PURSC, como conclusión de las reuniones con los intelectuales cubanos, efectuadas en la Biblioteca Nacional el 16, 23 y 30 de junio de 1961. (Departamento de Versiones Taquigráficas del Gobierno Revolucionario)

<sup>6</sup> Alfredo Guevara Y Leandro Estupiñán conversan. Publicado por Juan Antonio García Borrero en la revista cubana de Pensamiento e Historia “Caliban”

Como se puede apreciar el reto no es sencillo y queda mucho por hacer. No obstante, prefiero permanecer entre los optimistas.

[Ir Arriba](#)

## ***Refundar en el espíritu de Palabras a los intelectuales***

### **Juan Nicolás Padrón**

Ya los nuevos lectores de *Palabras a los intelectuales* —la intervención de Fidel Castro en reunión con la intelectualidad cubana en Biblioteca Nacional José Martí los días 13, 23 y 30 de junio de 1961— conocen que la descontextualización de esas palabras significó manipular, o que al fragmentar y solo mencionar frases extraídas de contexto, solo se tergiversó lo que realmente sucedió allí; esa mala propaganda fue un acto fallido que no progresó para silenciar o desestimar el espíritu democrático y el sentido inclusivo que en ese momento se logró, aunque lamentablemente ese estilo se fuera perdiendo con los años siguientes, hasta encontrar su negación diez años después con el I Congreso Nacional de Educación y Cultura en 1971. Se ha insistido recientemente que las contextualizaciones o el entorno histórico de las “Palabras a los intelectuales” se insertaban en la épica, una sistemática guerra con todas las armas posibles, desde las diplomáticas, las financieras, las económicas y comerciales, hasta las militares —hacía menos de dos meses había ocurrido la invasión por Playa Girón—, llevada a cabo de manera sistemática y sin pausa por la potencia estadounidense contra la Isla revolucionaria. Sin embargo, en medio de la guerra hubo tiempo para ocuparse de las relaciones entre la cultura y la política.

Desde que el 3 de enero de 1961 se anunció la ruptura de las relaciones diplomáticas por parte del Departamento de Estado norteamericano, una segunda oleada de emigrantes cubanos llegó a Estados Unidos: si la primera fue de batistianos y asesinos que huían de la justicia revolucionaria, y algunos millonarios vinculados con el régimen de Batista, la causa en estos momentos se movía alrededor del miedo a encontrarse en una situación peligrosa: burgueses y muchos pequeños burgueses habían esperado para ver si el poderoso vecino norteamericano podía mantener el estatus de dominación con Cuba, pues aunque se había roto el mito de que en América no podía triunfar ningún movimiento contra el ejército, también parecía inconcebible desobedecer las órdenes de Washington. Ante la ruptura muchos se asustaron, pues intuían que se avecinaba una guerra militar, como en efecto ocurrió y prosiguió; por esa razón comenzaron a marcharse del país muchas personas de variado estatus económico, con la seguridad de que pronto volverían, cuando los “americanos hayan resuelto el problema”, y algunos hasta dejaron dinero escondido en sus casas para cuando regresaran.

Pero la Revolución estaba empeñada en avanzar con su pueblo y se preparaba con las armas de la cultura; para comenzar, se iniciaba una cruzada de alfabetización a todos los cubanos en el “Año de la Educación”; el 5 de

enero fue asesinado el maestro —negro y pobre— Conrado Benítez y las brigadas alfabetizadoras llevaron su nombre; se libraba una batalla inédita, no solo en Cuba, sino también en el continente, que afianzó definitivamente el poder revolucionario con la luz del conocimiento. El pueblo iría desarrollando una conciencia política más firme; Fidel y el gobierno provisional en estado de emergencia estaban seguros de que la Revolución era un proceso cultural permanente de sistemática construcción, y había que incorporar la cultura a la lucha revolucionaria, para que cada etapa histórica se consolidara a partir de razones incorporadas a la conciencia colectiva: la guerra era por la definitiva independencia y soberanía de la nación y sus ciudadanos tenían que conocer por qué se luchaba. Los dirigentes de la Revolución, que nunca le declararon la guerra a los Estados Unidos, se la declararon a la incultura, y eso fue precisamente lo que los gobernantes norteamericanos no toleraron, pues se atacaba la raíz de los hilos de la dominación. Los maestros, técnicos, especialistas, artistas, escritores e intelectuales... eran los aliados naturales de esta causa.

El 4 de enero del propio año 1961 se anunció la creación del Consejo Nacional de Cultura (CNC). La cultura artística y literaria se atendía entonces desde el Instituto Nacional de Cultura, una dependencia del Ministerio de Educación presidida por la doctora en Filosofía y Letras, y en Pedagogía, Vicentina Antuña, para mediar entre el gobierno y los artistas y escritores. El 16 de enero ¡qué rápido se sucedían los hechos!— se hizo efectiva la Ley 926 del Consejo de Ministros que creó el CNC; se ratificó como directora a la Antuña, latinista recordada por los cursos en la Universidad Popular José Martí; el subdirector fue el ya prestigioso narrador y periodista Alejo Carpentier, y como secretaria fungió la luchadora comunista Edith García Buchaca. Entre los miembros del CNC se encontraban: María Teresa Freyre de Andrade, al frente de la organización de las bibliotecas; José Ardévol, compositor y pianista, fundador del Grupo de Renovación Musical, atendía la música; Marta Arjona, ceramista y muralista, se encargaría de las artes plásticas; en teatro y danza, se encontraba la periodista y activista cultural comunista Mirta Aguirre; en la organización de los aficionados estaba Isabel Monal; entre otros miembros de la junta, Nicolás Guillén, Alfredo Guevara, Carlos Franqui y Guillermo Cabrera Infante.

De todas las fuerzas políticas que habían integrado la dirección de la Revolución en esos primeros años, los mejor preparados para llevar adelante un programa a favor de la promoción cultural eran los comunistas, pues tenían una Comisión de Cultura que había trabajado intensamente en la clandestinidad, se habían entrenado en diversas publicaciones, una emisora de radio como la Mil Diez o en la Sociedad Cultural Nuestro Tiempo, institución creada desde 1951 que agrupó a reconocidos artistas e intelectuales para difundir lo mejor de la cultura nacional, vincularse al pueblo y rechazar la penetración de la subcultura imperialista con sus antivalores de egoísmo e individualismo. Aunque no todos los integrantes de Nuestro Tiempo eran militantes comunistas, la mayoría eran considerados por los agentes represivos de la dictadura batistiana como “filocomunistas” y algunos los mencionaban como “compañeros de viaje”; entre ellos se encontraban los músicos Harold Gramatges —su presidente—, Juan Blanco, Manuel Duchesne Cuñán, Argeliers León, María Antonieta Enríquez, Edgardo Martín...; los cineastas Julio García Espinosa, Alfredo Guevara, Tomás Gutiérrez Alea, Santiago Álvarez, José Massip...; los artistas de la escena Alicia, Alberto y Fernando Alonso,

Vicente y Raquel Revuelta; así como otros intelectuales, artistas o escritores como Sergio y Mirta Aguirre, Marta Arjona, Rafaela Chacón Nardi, Félix Pita Rodríguez, Fornarina Fornaris...

Resulta muy importante conocer con mayor precisión los contextos culturales y políticos que precedieron a esas reuniones en la Biblioteca. Desde los años 40 el Grupo Orígenes estaba conformado por poetas, ensayistas, periodistas, profesores, artistas, a quienes unía el amor a Cuba y a José Martí, casi todos militantes católicos y agrupados en una revista que cristalizó con el mismo nombre del grupo; sus integrantes fueron: José Lezama Lima, Cintio Vitier, Fina García Marruz, Eliseo Diego, el sacerdote Ángel Gaztelu, Virgilio Piñera, Lorenzo García Vega, Justo Rodríguez Santos, Octavio Smith y Gastón Baquero. Este último, vinculado al reaccionario *Diario de la Marina*, y se había marchado para España al triunfo de la Revolución—, y formaban parte además, músicos como Julián Orbón, artistas de la plástica como Mariano Rodríguez o promotores como Agustín Pi, y otros jóvenes que se habían acercado al grupo. Fueron muy atacados antes de la Revolución por diversas fuerzas—desde el reverenciado doctor Jorge Mañach hasta el popular poeta neorromántico José Ángel Buesa—, pues consideraban a Lezama, *magister* reconocido del grupo, como un poeta de lenguaje hermético cuya raigal cubanidad no comprendían o asimilaban. José Rodríguez Feo, quien financiaba la revista *Orígenes* (1944-1956), entró en discrepancia con Lezama por publicar textos con los cuales no estaba de acuerdo y fundó *Ciclón* (1955-1959); Piñera, distanciado también del maestro origenista, colaboró con Rodríguez Feo. Cuando el nuevo gobierno comenzó a confrontar problemas con la alta jerarquía de la Iglesia católica, el grupo Orígenes fue blanco de críticas.

Por otra parte, en los primeros años de la Revolución se mantuvieron funcionando la mayoría de los periódicos de la etapa anterior a 1959, como *El Mundo* y *Prensa Libre*; otros se legalizaron, pues habían operado en la clandestinidad, como *Noticias de Hoy*, órgano del Partido Socialista Popular (PSP), cuyo director había sido Blas Roca, desde mucho tiempo antes, secretario general del PSP, y que en ese momento era dirigido por Carlos Rafael Rodríguez, brillante economista y político muy respetado hasta por sus adversarios ideológicos. El nuevo periódico *Revolución* era el órgano oficial del Movimiento Revolucionario 26 de Julio (MR-26-J), que había nacido en la clandestinidad en 1956, en las montañas de la Sierra Maestra; fundado por Fidel, su director fue Carlos Franqui, un luchador antibatistiano quien había militado en el PSP y se incorporó a la lucha guerrillera con el MR-26-J; Franqui también dirigía la emisora Radio Rebelde, por lo que tenía el control de los medios de información en representación de la fuerza revolucionaria que había llegado al poder con más prestigio. *Revolución* publicaba el semanario cultural *Lunes de Revolución*, a cargo de Guillermo Cabrera Infante, surgido el 23 de marzo de 1959 —su último número fue del 6 de noviembre de 1961—; Cabrera Infante, hijo de comunistas y también exmiembro del PSP, había ejercido el periodismo con maestría y pericia narrativa, y también, la crítica cinematográfica con extraordinaria agudeza. Fidel, el artífice de la unidad revolucionaria, había sido muy cuidadoso e inclusivo en sus estrategias, para que todos los grupos que contribuyeron al derrocamiento de la dictadura batistiana, participaran en la construcción de la nueva sociedad.

*Hoy y Revolución*, diarios que representaban a dos de las tres fuerzas principales —la otra era el Directorio Revolucionario 13 de Marzo (DR-13-M)— se mantenían publicándose en los primeros años y en varias ocasiones expusieron sus respectivas argumentaciones y refutaciones; los dos avanzaban en sus contradicciones que hacia 1961 llegaron a ser antagónicas: los revolucionarios comunistas agrupados en su mayoría en el PSP de un lado y los revolucionarios anticomunistas o distantes del marxismo, dispersos en diferentes organizaciones de entonces, del otro lado; todos se habían agrupado en las Organizaciones Revolucionarias Integradas (ORI), pero es conocido que esa institución, muy frágil y temporal para mantener una unidad estratégica, funcionaba más bien como una organización táctica de transición. Las dos publicaciones, con sus magazines culturales, mantenían también diferentes posiciones ante las relaciones entre la política y la cultura: *Hoy* afirmaba el carácter rector de la dirección de la Revolución, incluso en los asuntos de la cultura; tenía en cuenta el pasado cultural cubano y deseaba revalorizarlo hacia una posición de defensa de la nación frente al imperialismo norteamericano; algunos de los colaboradores de *Hoy* seguían o se acercaron a los lineamientos del “realismo socialista” como método para impulsar esos objetivos. *Revolución* rechazaba la intervención o la intromisión de la política en los asuntos de la cultura; mantenía una posición muy crítica, algunas veces agresiva, hacia algunas figuras que consideraban representantes decadentes del pasado cultural; insistía con frecuencia o estaba muy interesado en incorporar más el legado internacional a la cultura cubana.

A la luz del distanciamiento que permite actualmente opinar con menos pasión y más objetividad sobre los resultados de estas publicaciones, pudiéramos aceptar que *Hoy* equilibró procesos de continuidad y ruptura con la cultura, e indagó en la necesaria identidad que fortaleciera la cultura cubana en la batalla frente a la asimilación norteamericana; sin embargo, tuvo errores al enfocar las relaciones entre política y cultura, y la mayoría de sus integrantes siguieron el mecanicismo al acatar o aplicar los presupuestos del realismo socialista zdanoviano; a pesar de que muchos de los militantes del PSP estuvieron al tanto de las críticas al estalinismo, la mayoría no midieron la gravedad de este proceso cuyas secuelas influirían en la posterior desaparición de la URSS, ni reconocieron, al menos públicamente, la real magnitud de los asesinatos de Stalin, por considerar que eran exageraciones promovidas por “el enemigo”. *Revolución*, por su parte, dejó un legado cultural significativo, con excelentes escrituras; registró el pulso de sucesos culturales del momento, tanto nacionales como internacionales, con calidad literaria, y, en sentido general, fueron más audaces en sus críticas y cuestionamientos; no obstante, cometieron errores en su tratamiento “dinamitero” a personalidades de la cultura como Lezama y Samuel Feijóo, no fueron inclusivos y mantuvieron posiciones autoritarias para descalificar algunas figuras y procesos de la cultura cubana; en sentido general, padecieron del pánico ante el avance estalinista, y aunque la historia demostró que no todos sus temores eran infundados, no pocos se escudaron en esas posiciones para disimular su anticomunismo. Lo que estaba ocurriendo era una lucha por el poder en los medios.

El escenario de contradicciones que hemos tratado de describir resulta mucho más complejo, pues este mapa cultural e ideológico incluye a integrantes respetados del PSP, el MR-26-J y el DR-13-M, con concepciones muy propias sobre la manera en que debían llevarse las relaciones entre política y cultura; otros involucrados

no tenían conciencia del tema, pues para ellos o se hacía política o se hacía cultura, pero no veían muy clara su interconexión, por ingenuidad o desconocimiento. Asimismo, los jóvenes escritores y artistas en 1961, tenían al menos diversos grupos visibles con varios subgrupos. Entre los poetas por ejemplo, en un grupo se ubicaban los miembros de la llamada Generación del 50, que podía abarcar desde aquellos que habían sido publicados por Orígenes, entre los que se distinguían Roberto Fernández Retamar y Fayad Jamís; Pablo Armando Fernández, Heberto Padilla, Antón Arrufat y José A. Baragaño, al lado de *Lunes de Revolución*; otros más cercanos al PSP, como Manuel Díaz Martínez, y quienes marcaban una posición antiorigenista de manera solitaria. El otro grupo de poetas fue El Puente, encabezado por José Mario, y varios jóvenes como Nancy Morejón y Miguel Barnet, también cercanos, respectivamente, a Nicolás Guillén y Don Fernando Ortiz; muchos de ellos también tenían criterios y experiencias muy disímiles en torno a las relaciones entre cultura y política.

Mientras el país seguía en pie de guerra después del ataque a Playa Girón, con muchos milicianos movilizados en las trincheras o en centros de trabajo, haciendo guardias bajo el frío y la lluvia, resultaba difícil, aunque posible, desentenderse de los dramáticos acontecimientos de esos momentos de cotidianos sabotajes. Aún se vivía la mística revolucionaria, los tiroteos diarios, las crónicas ensangrentadas en cada edición de los periódicos; el pueblo era muy susceptible ante cualquier ocupación que no fuera la lucha por mantener viva a la Revolución y que no regresara el pasado de inestabilidad y asesinatos: la apatía o el apoliticismo se consideraban traición. Se vivía el enfrentamiento diario a un enemigo poderoso que armaba en casi todas las zonas del país bandas para derrocar la Revolución, y en medio de esa pasión, podía ser un crimen mantenerse indiferente. Era común escuchar algunas expresiones que hoy pueden parecer duras o extremistas, como pedir “paredón”, pues no solo estaban frescos los asesinatos de la dictadura, sino que se sumaban los que defendían la preservación del orden revolucionario que se estaba forjando. Se trataba de una cruenta guerra no declarada, en que se estaba jugando todos los días la vida de las personas en las calles y en los campos.

En ese contexto se exhibió, en un canal de televisión controlado por Franqui, *PM*, documental que mostraba una experiencia formal llevada a cabo por los realizadores Sabá Cabrera Infante y Orlando Jiménez Leal, con la colaboración en la cámara de Néstor Almendros. El corto presentaba algunos momentos de la vida nocturna de los sectores marginales habaneros, pobres y negros fundamentalmente, de manera especial la Avenida del Puerto y la Playa de Marianao, y se mostraba de manera realista la prostitución, la disipación en los bares donde se tomaba y jugaba, el toque de los tambores de músicos populares como el Chori, canciones, baile y la resaca hasta el amanecer: un clima y un ambiente. Para muchas personas entendidas en el arte cinematográfico, *PM* constituía una interesante experiencia; sin diálogos ni línea argumental, cámara en mano, se registraba lo que estaba sucediendo en un momento elegido con intencionalidad por los realizadores, para brindarle un testimonio al espectador, sin diálogos, a veces con largas secuencias ininterrumpidas, como la tensión de bailar con un vaso de cerveza sin derramarla. Un cambio de sensibilidad que concordaba con lo que ocurría entre los jóvenes ingleses del Free Cinema, a su vez influidos por el neorrealismo italiano y antecedentes de la Nueva Ola del cine francés, en reacción natural a la artificialidad del “cine perfecto” de Hollywood; de alguna manera, esos preceptos habían sido acogidos también por el recién creado Instituto

Cubano de Arte e Industria Cinematográficos (Icaic) encabezado por Alfredo Guevara. Pero la anécdota de *PM* estaba bastante lejana a las preocupaciones fundamentales de la mayoría de los cubanos, y aunque esta era una realidad también, la elección de escenario y personajes les pareció inoportuna a algunos y otros la leyeron como una provocación.

Sabá Cabrera Infante, hermano de Guillermo, se había unido a Orlando Jiménez Leal, un camarógrafo que había realizado reportajes cinematográficos, y a Néstor Almendros, quien posteriormente sería un reconocidísimo director de fotografía—Almendros había cursado en Nueva York y Roma artes escénicas, y en ese año realizó algunos documentales como *Gente en la playa*. Después de exhibirse *PM* por televisión se proyectó en el habanero cine Rex, y hasta Alfredo Guevara, que además de presidente del Icaic era el responsable de la exhibición de las películas en los cines, llegaron las quejas. Después de ver el documental, Guevara conversó con García Buchaca, y parece ser que esta, luego de consultas con algunos miembros del CNC elegidos por ella, decidió suspender su exhibición. Con *PM* no se siguió el procedimiento habitual para aprobar la exhibición de películas, mediante una Comisión de Estudio y Clasificación subordinada al Icaic. La protesta de los realizadores fue inmediata. En una reunión en la Casa de las Américas para analizar el tema, se acordó que el documental fuera analizado por las organizaciones de masas para decidir la conveniencia o no de exhibirlo. Fidel se enteró y solicitó al CNC convocar una asamblea con representantes de todos los sectores artísticos, literarios e intelectuales del país, sin exclusiones de ningún tipo, e insistió en que estuvieran representadas todas las tendencias, para reunirse con él junto a la más alta dirección del país.

Me he detenido en este preámbulo porque resulta imprescindible para sacar conclusiones acerca de los problemas que se dilucidaron a partir de la exhibición de *PM*: había una lucha por el control en la cultura, no se siguió el procedimiento legal establecido, se tomó la decisión unilateral de su suspensión, hubo protesta, como era de esperar, y cada cual entró en una puja por dominar esa parcela de poder. Fidel convocó a una reunión abierta e inclusiva, sin agendas ni condiciones, no con los no entendidos o los que podían tener opiniones desautorizadas, sino con quienes suponía aptos para arrojar luz, y no tanto para conversar sobre el documental, sino para analizar las relaciones entre cultura y política. El líder de la Revolución no había cumplido 35 años y la mayoría de los convocados pasaba de los 40, algunos con mucha experiencia en el trabajo cultural y político. Fue la oportunidad para mostrar con claridad y suficiencia un despliegue conceptual de los problemas de las relaciones entre política y cultura, en la situación concreta de la lucha de Cuba por ser independiente, en la guerra no declarada por los Estados Unidos, y ante el jefe de la Revolución; para que esto fructificara, los pensadores, científicos sociales, artistas, escritores, periodistas... que se reunían, deberían haber analizado con suficiente objetividad la realidad social, cultural y política, incluida la económica, y las preocupaciones reales del sector. Sin embargo, en la primera sesión convocada, con la presencia del presidente de la República, Osvaldo Dorticós, y de Fidel Castro, costó trabajo “romper el hielo” en las intervenciones, y Carlos Rafael Rodríguez hubo de exhortar a que se hablara sinceramente. Virgilio Piñera expresó el miedo que se tenía o que él tenía—, a que se implantara una “cultura dirigida”. En realidad, se asomaba el miedo al estalinismo.



Aunque puede haber más fuentes, es útil comparar tres de ellas para analizar las intervenciones en las tres sesiones de la Biblioteca: las transcripciones de los debates de la “Conferencia de intelectuales y artistas celebrada en la Biblioteca Nacional José Martí”, del archivo personal de Edith García Buchaca, y las memorias de Lisandro Otero —*Llover sobre mojado*, 1ra. ed., Editorial Planeta, S.A., México D.F., 1999—, para lo cual han sido muy útiles los apuntes de Caridad Masson Sena *En los márgenes de la memoria (Conversando con Edith García Buchaca)*, fechados en La Habana en noviembre de 2006, que me llegaron vía email. Se debatió si la cultura de la población era baja o alta, si los artistas y escritores asumían actitudes elitistas o populistas, si la crítica era benigna o inexistente, o sobre cómo debían ser las relaciones entre el poder del Estado y el individuo; se manifestaron serias preocupaciones con matices distintos acerca de la convivencia entre criterios diferentes o posiciones filosóficas divergentes y algunos insinuaron inquietudes en torno a la religión y el emergente ateísmo; se analizó la necesidad de tolerar diversas posiciones en el arte a partir de la formación de artistas y escritores, así como sus diferencias temáticas; se trató el rechazo al escapismo y la necesidad de la experimentación; se insistió en la subordinación de lo colectivo a lo individual —algunos análisis simplistas rechazaron la “poesía hermética” o a la “pintura abstracta”... Posiblemente la primera gran intervención fue la de Julio García Espinosa, quien situaba el problema cardinal: las relaciones ideológicas de la política y el arte, los límites de la “libertad de expresión” y los derechos de las instituciones; García Espinosa se lamentó de la oportunidad que se desperdició para debatir sobre esos temas entre artistas y escritores en Casa de las Américas, y de la ausencia de crítica profunda que delimitara la calidad artística de la propaganda política, los traslados mecánicos de las técnicas cinematográficas de un país a otro, y se cuestionó ciertos análisis en la relación arte-pueblo.

La segunda gran intervención la realizó Heberto Padilla para debatir algunos de los puntos lanzados por García Espinosa, y comenzó el fuego: Padilla criticó al Icaic por no analizar con los realizadores de *PM* los problemas señalados, y la postura de uno de sus compañeros del Instituto, presente en los debates de Casa de las Américas, quien pidió fusilamiento, por contrarrevolucionarios, para los realizadores del documental; por ello consideró muy peligroso que no se definiera la actitud contra el estalinismo. Aunque Dorticós preguntó que si lo de los fusilamientos era en broma o en serio, y Tomás Gutiérrez Alea aclaró que el señor que había intervenido con esas expresiones no representaba al Icaic, Padilla volvió sobre lo peligroso de no aclarar tales situaciones. Una intervención posterior de Rine Leal sobre la expulsión de Néstor Almendros de la revista *Bohemia* esa misma semana, sin que se lo comunicaran oficialmente, evidenció que desde aquellos momentos se estaban empleando métodos semejantes a los estalinistas por parte de algunos funcionarios o instituciones, lejos del proceso de emancipación y transparencia que promulgaba la Revolución. Por otra parte, Padilla plantea que si el Icaic era una institución “de la Revolución”, quienes escribieran en la prensa revolucionaria no podrían criticar las películas producidas por el Instituto, según un razonamiento de García Buchaca, y se pregunta por qué a *Historias de la Revolución* de Tomás Gutiérrez Alea y *Cuba baila* de Julio García Espinosa, no se les criticaron “problemas” parecidos a los imputados a *PM*. A pesar de que Eduardo Manet rebatió a Padilla poniendo varios ejemplos de libertad de expresión, el debate entre García Espinosa y Padilla merece hoy otras interrogantes a la luz de la historia: ¿más allá de recientes textos de ensayistas que han

contribuido por su cuenta al tema, existe algún análisis o balance a cargo de decisores políticos sobre las prácticas de neoestalinismo tropical en la cultura dentro de la Revolución cubana?; ¿ante el actual contexto, en que todo se ha transformado —el clima político, los creadores, las instituciones, los medios...—, cuáles serán los límites entre la libertad de expresión de los creadores y los derechos de las instituciones y los medios en la Revolución? Son debates que ya muchos implicados están reclamando.

La extensa, apasionada y a veces agresiva intervención de Alfredo Guevara ante las críticas de Padilla al Icaic, también puede considerarse aportativa, aunque continuaba el fuego; el presidente del Icaic insistía en la importancia de la crítica, y lo fundamental de la postura ante la vida de quien la emitía, para definir sus objetivos, y estimarla o desconocerla, según lo constructiva o destructiva que resultara. Arremetía directamente contra *Lunes de Revolución*, acusándolo de entrar en modas y ligerezas en el quehacer crítico y de no respaldar el cine socialista; defendió con vehemencia las películas producidas por su organismo y pasó a la ofensiva con ejemplos de que en *Lunes* se aplastaba a los trabajadores de la cultura que no compartieran los criterios de su dirección, y que se practicaba un terrorismo cultural contra los miembros de Orígenes. Pablo Armando Fernández, entonces subdirector de *Lunes*, se refirió a la utilidad del semanario y a los diversos autores, artículos y temas recogidos, además de aclarar que no habían publicado crítica cinematográfica; admitió que en determinado momento se excedieron con Lezama, pero después se le había pedido colaboración y lo admiraban y respetaban. El debate entre Guevara y Fernández fue el preámbulo para la intervención de Guillermo Cabrera Infante, quien aseguró que como crítico de cine no había escrito en *Lunes*, y lo sucedido a Néstor Almendros no había sido por participar en *PM* o defenderla, sino por criticar al Icaic; emplazó, asimismo, al crítico José Manuel Valdés Rodríguez, quien había tenido una intervención ambigua, al preguntarle si consideraba que *PM* era o no contrarrevolucionaria; Valdés Rodríguez se limitó a responder que “completamente extemporánea”, y alguien en el público le dijo que él había expresado que le había gustado mucho... El director de *Lunes* afirmó que las opiniones positivas del periodista Robert Taber, de la cadena norteamericana CBS, expresadas en un artículo que *El Mundo* no publicó, lo habían convencido de que presentar *PM* por televisión podía ser positivo, pues las personas que frecuentaban los bares eran las mismas que estaban dispuestos a combatir y morir por la Revolución.

Como puede notarse, esta reunión ante la máxima dirección revolucionaria, tampoco se aprovechó para tratar temas conceptuales, sino para ajustar cuentas personales. Otros problemas circunstanciales, como la discusión de un artículo del poeta Baragaño, comentarios inapropiados al calor de las discusiones o comparaciones inadecuadas, dejaron la impresión de que nuestros intelectuales no estaban preparados o no alcanzaron altura para un debate conceptual. Una intervención decisiva para comenzar a entender las verdaderas razones ideológicas que se debatían, fue la de Carlos Rafael Rodríguez, director de *Hoy*, quien confesó no haber visto la película; se extendió explicando la importancia del conocimiento del marxismo para comprender la sociedad moderna, y después se refirió al papel de la crítica, enfatizando que en Cuba no existiría nunca un “crítico oficial”, que la cultura jamás iba a ser dirigida, pero que era inevitable una burocracia para su ejercicio; argumentó la tesis leninista de la existencia de dos culturas y expuso una idea que en mi opinión resulta esencial para entender estos desencuentros: la cultura no es solo el arte y la literatura, es la ciencia y la

técnica, los análisis sociales, incluida la política... Todo. Algo que ciertos políticos de ahora mismo olvidan, no saben o no comparten, porque todavía padecen de la segregación del pensamiento positivista, una errática manera de hacer política, o una deformación en que no se da el frente a la discusión de las ideas, quizás por no encontrarse preparados o por el temor a equivocarse.

Carlos Rafael Rodríguez en su intervención fue el único que entabló un verdadero diálogo con Padilla y Franqui —con el primero, debatió con ventaja, a pesar de no ser tema de su especialidad, sobre la poesía de Eliot y Neruda—, y expresó claramente algunos conceptos que parecían heréticos en ese contexto, como aclarar que él no pensaba que todo el que tuviera dinero y lo defendía era detestable, porque era su naturaleza como resultado de un sistema, y razonó de manera clarividente sobre el concepto de libertad, preguntándose: “¿libertad de quiénes?, ¿libertad para qué?”. Estaba razonando sobre los verdaderos límites que no podían faltar, porque podían afectar las condiciones y la fuente de libertad que era la Revolución misma; creo que hoy debemos volver a discutir, sin paranoia ni ingenuidades pero con responsabilidad y realismo, la verdadera eficacia de esos límites a la luz del mundo y de la era Gates que vivimos. Rodríguez fue agudo en relación con el estalinismo, al precisar que muchos se escudaban en ese temor porque eran anticomunistas, y fue sincero al sumarse a las críticas que ya había hecho el Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS) en materia de la conexión política-cultura en los tiempos de Stalin; sin embargo, creo que no evaluó en toda su gravedad y dimensión lo que ya se conocía sobre Stalin, sus purgas y depuraciones que se pagaban no pocas veces con la vida, y lo convertían en un asesino despiadado de sus propios compañeros; tampoco calculó en lo que podían convertirse estos perversos métodos y proyecciones verticalistas, dogmáticos y burocráticos, pues si bien estaba convencido de que en Cuba tales asesinatos no se darían, tampoco previó que una errática proyección político-cultural proharía procedimientos opresivos, ajenos a la emancipación deseada y promovida por la Revolución cubana.

Antes de que hablara Fidel, la última intervención, que en su inicio prometía un mayor aporte, fue la de Carlos Franqui, quien comenzó sus palabras defendiendo la legitimidad revolucionaria del documental *PM* porque no reflejaba la vida de los ricos en el hipódromo, y justificó el miedo de todos por la acusación de contrarrevolucionarios a sus realizadores y por la atmósfera formada alrededor de la exhibición. Sin embargo, pronto se dedicó a batirse también con fuego directo y defender las posiciones de *Lunes* y de *Revolución*, a analizar el nivel en sus publicaciones y se disculpó con Lezama por haberse excedido en sus ataques personales, confesando que se sentía responsable de ese acoso; afirmó con énfasis que había que crear una cultura nueva revolucionaria, admitió de la existencia de personalidades de fama universal como Nicolás Guillén, Alicia Alonso, Alejo Carpentier y Wifredo Lam, quienes estaban al lado de la Revolución, y elogió su actitud; se refirió asimismo a la falsedad de contraponer arte purista y artista comprometido, y marcó la diferencia entre el arte y los artistas. Franqui confesó haber sentido más libertad en la Unión Soviética que en los Estados Unidos, y, por último, consideró que los artistas y escritores debían integrarse y comprender más a la Revolución. A la luz de la Historia, estos dos últimos mensajes pudieran parecer encaminados a quedar bien con el auditorio.

El tercer y último día de las reuniones en la Biblioteca fue para escuchar a Fidel, quien había permanecido atento, atendiendo a todos y haciendo apuntes, con efímeras intervenciones o interrupciones, especialmente para hacer alguna pregunta. La mejor intervención de estas reuniones, sin lugar a dudas, fue la del líder de la Revolución; quizás por esa razón se han tomado sus palabras como documento programático de la política cultural posterior, aunque sabemos que su intervención fue circunstancial, y, como ha dicho Aurelio Alonso, se trataba de “un ejercicio de pensamiento”, un discurso que armó sobre apuntes. Fidel va al grano rápido y directo: “En el fondo, si no nos hemos equivocado, el problema fundamental que flotaba aquí en el ambiente era el problema de la libertad para la creación artística”. Le pregunta al auditorio: “¿Es que nosotros creemos que la Revolución no tiene peligros?” y razona sobre la libertad, pues si la Revolución había traído al país una suma muy grande de libertades, no podía ser por esencia enemiga de ellas. Fidel no temió expresar y analizar la palabra “libertad”, hoy secuestrada por los enemigos de ella, como lo fueron en diferentes épocas las expresiones “derechos humanos” y “democracia”. Hoy es necesario retomar los conceptos de libertad, sin creer que le hacemos un favor a los mayores enemigos de las libertades; de la misma manera que defendemos importantes derechos humanos —y deberíamos estar conscientes de que aún nos falta profundizar en algunos, no porque los yanquis lo señalan, sino por convicciones socialistas y al fin manejamos el concepto de “democracia socialista” —definitivamente triunfante sobre el de “dictadura del proletariado”. No podemos renunciar al debate sobre la libertad, que en su concepto más amplio significa emancipación, es decir liberación de todas las opresiones.

El objetivo final de Fidel, dirigiéndose a grupos y personalidades de la cultura, algunas veces desencontrados o en oposición, fue lograr una plataforma de unidad amplia, sin descartar matices y criterios diversos en torno a la política de la Revolución, para continuar con la emancipación que se había iniciado el primero de enero de 1959; este pacto de unidad sin unanimidad debía conseguirlo, primero, en la dirección de la Revolución, pero también entre los revolucionarios, y, además, entre todo el pueblo cubano: una tarea de gigante que cumplió en aquellas circunstancias. Partiendo de los derechos, dejó bien claro y reafirmó que la Revolución cubana era fuente de derechos y justicia social, por lo que debía defender sus propios derechos bajo un equilibrio que todavía hoy es un desafío: no aplastar las libertades de los creadores ni de nadie, y al mismo tiempo, afianzar el derecho de las instituciones de la Revolución que garantizan esas libertades; no se le podía dar armas a un grupo para actuar en contra de otro, pero tampoco se podía desentender de todos con una tolerancia irresponsable que contribuyera a la destrucción de la fuente de las libertades; ni dogma para aplastar la libertad, ni fe ingenua que asista a su quebranto de ella y al del proyecto revolucionario. Aun en el difícil contexto que hemos descrito, Fidel afirmó que “la Revolución solo debe renunciar a aquellos que sean incorregiblemente reaccionarios, incorregiblemente contrarrevolucionarios”, es decir, los enemigos recalcitrantes dispuestos a destruir la fuente de derechos, incluida la libertad. De ahí la llevada, traída, reinterpretada y manipulada frase: “dentro de la Revolución todo; contra la Revolución nada”.

Fidel enunció un compromiso revolucionario—es decir, libertario o emancipatorio — en las relaciones entre política y cultura, esencial para el estatus cubano e inédito en las tradiciones socialistas. Su larga intervención se convirtió en una manera nueva de comunicación que razonaba e intuía de manera pedagógica las

preocupaciones del auditorio, y no solo tuvo en cuenta el concepto más amplio de cultura expresado por Carlos Rafael Rodríguez, sino que trajo un tema que ningún creador allí había considerado con la profundidad que merecía: los receptores de cultura. Validando su verdadero espíritu democrático, manifestaba su impaciencia para que la Orquesta Sinfónica Nacional (OSN) llegara a más personas, el Ballet Nacional de Cuba (BNC) pudiera hacer mayores presentaciones en lugares donde no conocían el lenguaje de la danza, el cine con sus inversiones en el Icaic estuviera en condiciones de visitar a todos los sitios de la geografía cubana, el libro mediante las extensiones de la Biblioteca Nacional José Martí (BNJM) penetrara en zonas de difícil acceso... Estaba empeñado en elevar el nivel de recepción cultural del pueblo, porque estaba convencido de que la cultura era la mayor garantía posible de libertades, y por eso se extendió en el nacimiento del movimiento de instructores de arte. Su mirada abarcaba no solo al emisor de cultura, sino a un receptor culto que había que formar, y que de alguna manera compulsara al creador hacia un mayor nivel. El líder de la Revolución se dio cuenta de que no solo se necesitaba al mediador estatal, el CNC, sino también una asociación de creadores que hiciera contrapartida a los funcionarios estatales. El 18 de agosto de ese año se celebró el Primer Congreso de Escritores y Artistas de Cuba, cuyo acuerdo principal fue la fundación de la Uneac, y eligió de manera unánime a Nicolás Guillén, una figura indiscutible, para esa tarea; el 8 de mayo del año siguiente se creó la Editora Nacional de Cuba, pues ya se sabía que no bastaba con una imprenta, sino que hacía falta un editor como Alejo Carpentier, su primer director, para proseguir con equilibrio y diversidad el “seguimiento” cultural de lo iniciado en la campaña de alfabetización.

Lamentablemente, después de todas estas fundaciones se profundizaron las contradicciones emergidas en los debates de la Biblioteca, y desde las palabras de Fidel surgieron dos tendencias que avanzaron hasta hacerse irreconciliables: una, abierta e inclusiva, que proclamaba mayor libertad, y otra que restringía la libertad sobre una base sectaria, dogmática, burocrática y de exclusiones. Las contradicciones entre grupos definidos en diversas instituciones que promovían la cultura, se agudizaron hacia 1968, un año de definiciones que inauguraba otra etapa de la Revolución ante el acoso económico, financiero y comercial de Estados Unidos, pues como no se había podido vencer a Cuba por las armas, se ensayaba otro tipo de guerra: matar de hambre, privaciones y necesidades al pueblo cubano, aprovechando un talón de Aquiles en la Revolución: la ineficiencia económica. En enero de 1968 se celebró el Congreso Cultural de La Habana con más de 400 delegados y 100 periodistas invitados de todo el mundo, y allí se discutieron asuntos cruciales como las relaciones entre cultura e independencia, la formación integral del ser humano, la responsabilidad del intelectual en la sociedad, las conexiones entre cultura y medios de comunicación o los vínculos entre la creación artística y el trabajo de la ciencia y la técnica, temas que hoy, con leves cambios de formulación, sería muy productivo analizar. Fidel no pudo estar en los debates porque se preparaba para el juicio que encausó a la microfracción de 35 militantes del PCC, encabezada por Aníbal Escalante; según el criterio de esa facción cuyos miembros provenían del PSP, el Primer Ministro era un pequeño burgués que había hecho la revolución de Febrero, y ellos, con Aníbal al frente, serían los proletarios que harían la de Octubre. Otra vez la oreja peluda del estalinismo, solo que esta vez estaban complotados en una conspiración contra el líder de la Revolución.

Entre 1968 y 1971 se agudizó la crisis económica en Cuba por el vigor del bloqueo norteamericano y la ineficiencia o inexperiencia de cuadros económicos puestos al frente de empresas que en no pocos casos habían sido muy productivas antes de la Revolución; los empeños de Fidel porque Cuba alcanzara la autosustentabilidad económica, sin dependencias, se frustraron con el fracaso de la Zafra de los Diez Millones, que no llegó ni siquiera a nueve millones de toneladas de azúcar, el principal renglón de exportación del país. Ya desde 1968, con la Ofensiva Revolucionaria, anunciada el 13 de marzo de ese año, se había producido la estatalización de la mayoría de los negocios privados. Casi sin opciones viables, después de 1970 se inclinó la balanza hacia la influencia militar, económica, financiera, comercial, política... y cultural de la URSS. Con el llamado Caso Padilla se levantó una estruendosa y prolongada polémica que desencadenó un proceso que otra vez enturbió la política cultural de la Revolución, enrareció valiosas relaciones con intelectuales latinoamericanos y europeos, y marginó a reconocidos creadores cubanos. Como se conoce, el “caso” se desató cuando Heberto Padilla ganó el Premio de Poesía Julián del Casal en 1968, de la Uneac, y el libro fue publicado con una “Declaración de la Uneac” firmada por su Comité Director, que argumentaba que el cuaderno de Padilla y *Los siete contra Tebas*, de Antón Arrufat, premio del concurso de teatro de ese mismo año, servían a los enemigos de la Revolución y sus autores colaboraban como caballo de Troya para cuando el imperialismo yanqui decidiera agredir militarmente a Cuba otra vez.

El Primer Congreso Nacional de Educación y Cultura, celebrado entre el 23 y el 30 de abril de 1971 en el cine Radiocentro —hoy Yara— con la participación de 1 700 delegados, que aprobó la política educacional y cultural del país para los próximos años, fue el momento de mayor negación del espíritu de “Palabras a los intelectuales”. En su declaración final se examinó la moda y se evaluó de “extravagancia” la presencia exterior de algunos artistas y escritores; se arremetió contra los religiosos y se pusieron de manifiesto los grandes prejuicios con la religión; se definió al homosexualismo como “patología social”, se enmarcó dentro de la “actividad antisocial” y se planteó la necesidad de realizar “saneamientos de focos”; se trataron los medios masivos de comunicación solamente como armas ideológicas y políticas; se abordó la famosa “parametración” para trabajar en instituciones artísticas y literarias, y se revisaron las bases de los concursos y premios, así como las condiciones para invitar a jurados, en que se deberían excluir a los “falsos intelectuales” con sus “esnobismos y extravagancias”, al “homosexualismo y demás aberraciones sociales”; se decidió desarrollar en la música “programas didácticos en los que se estudie el carácter y origen de la música cubana”, imponiendo a la radio y a la televisión un porcentaje de la música que estos parametradores consideraban “cubana” o cantadas en español; en un afán por “masificar” la cultura, se estimó de manera demagógica que todo el pueblo se podía convertir en artista o escritor; se condenó a “los falsos escritores latinoamericanos” y se rechazaron “las pretensiones de la mafia de intelectuales burgueses pseudoizquierdistas de convertirse en la conciencia crítica de la sociedad”. De esta manera, se liquidaba la crítica, partiendo de que las obras revolucionarias creaban la conciencia colectivista y lo demás era “diversionismo”. Muchos artistas y escritores se quedaron sin trabajo, a unos le impusieron el silencio y otros se fueron del país.

En estos ya lejanos años, el compromiso con la URSS llegó a su máxima expresión a partir del 26 de octubre de 1971, cuando, como nos hacía recordar Jorge Fornet en *El 71*, en el periódico *Granma* apareció un titular

en letras rojas en alfabeto cirílico que daba la bienvenida a Alexei N. Kosiguin y saludaba a la Gran Revolución de Octubre. Cuba entró en el Consejo de Ayuda Mutua Económica (CAME)—formado alrededor de la URSS— el 11 de julio de 1972; en la Plaza de la Revolución se gritaban tres ¡Hurras! como preámbulo a la visita de Leonid Ilich Brezhnev, ocurrida el 28 de enero de 1974. Esta etapa, a partir de 1971, se conoce como Quinquenio Gris —nombre ~~añadido~~ añadido por Ambrosio Fornet a partir de sus estudios de la narrativa cubana, y después extendido a diversos géneros y manifestaciones de la cultura; algunos han dicho que fue un “Decenio Negro” y Salvador Redonet lo llamó “La Mala Hora”. En literatura, se privilegiaron los textos apologéticos, sin conflictos o “sinflictivos”, expuestos bajo una sociología vulgar de personajes estereotipados, que confundió la literatura con la política; fueron promovidas poéticas con temas de la actualidad más inmediata, aparentemente más útiles a la propaganda y a la más amplia comunicación ideológica: un discurso directo que se desgastó muy rápido, y aunque hubo algunas singularidades decorosas, también se publicaron no pocos ripios incapaces de servir ni a la política ni a la literatura; se “abarató” la manera de hacer poesía y varios cuadernos muy promovidos entonces, quedarían con el tiempo a merced de “las oscuras manos del olvido”, sepultados por la pésima propaganda construida a base de frases hechas del habla coyuntural y consignas que hoy parecen ambiguas o absurdas. El resto de las manifestaciones culturales como el teatro, el cine, las artes plásticas y las artes escénicas, padecieron semejantes “parametraciones”.

A partir de 1976 se abrió una nueva etapa caracterizada por la institucionalización y los intentos de democratización de la sociedad cubana. En el I Congreso del Partido Comunista de Cuba, en diciembre de 1975, se delinearon las bases institucionales y a partir de 1976 cesó el mandato de un gobierno provisional revolucionario, al instituirse una asamblea representativa para el legislativo y reestructurarse el ejecutivo con una nueva Constitución y una nueva división político-administrativa. El 30 de mayo de 1977 los gobiernos de Cuba y de los Estados Unidos intercambiaron notas diplomáticas en Nueva York y acordaron la apertura simultánea de una Sección de Intereses de los Estados Unidos en la embajada de Suiza en La Habana, y otra en la embajada de Checoslovaquia en Washington. El crecimiento económico en estos años fue considerable y se materializó en índices sociales positivos; la zafra azucarera 1977-1978 fue de 7 300 000 t de azúcar, la segunda más voluminosa de la historia de Cuba, sin que casi nadie se enterara, y aumentaron a ritmo creciente algunas producciones —por ejemplo, en febrero de 1979 se dio a conocer que la captura de 200 000 toneladas de pescado en 1978, la mayor que se había hecho en el país.

En estas condiciones, al constituirse la Asamblea Nacional del Poder Popular, su Ley núm. 1 fue la del Patrimonio de la nación cubana; se creó el Ministerio de Cultura (Mincult) y su sistema de instituciones. El MINCULT, presidido por Armando Hart, creó las condiciones propicias para el desarrollo de una acertada política cultural relacionada con el arte y la literatura. La actuación de Hart fue decisiva para lograr una nueva organización que solucionara los problemas ocasionados por actuaciones erráticas y prácticas fallidas en el período anterior. Se logró un mayor reconocimiento social a figuras y personalidades de la cultura, al lograr una relación profesional con las instituciones; se estableció una política cultural basada en el respeto y la confianza a los creadores, un rechazo al dogma y al burocratismo, una delimitación lúcida entre estética y política, mayor aceptación hacia las diferencias individuales en la creación, más reconocimiento a los espacios

experimentales, comprensión de la necesidad del debate, la polémica y la crítica... Tales condiciones se fueron creando de manera paulatina, con mayor o menor fortuna, matizadas todavía de incomprendimientos, en una lucha caracterizada por desajustes, retrocesos, incoherencias, zigzags... tal y como correspondía a la heterogeneidad de los ejecutores de la política cultural y a la complejidad de su campo de acción.

Actualmente nos encontramos en otra etapa muy diferente, caracterizada por el antecedente del arrasamiento económico y social del Período Especial para tiempo de Paz iniciado en 1989. Ante la advertencia de Fidel de que “la cultura era lo primero que había que salvar”, se preservaron, hasta donde se pudo y con muchas cuestiones pendientes aún, algunos valores culturales del socialismo cubano, desgraciadamente no tan “universales” como enfáticamente proclaman los estadounidenses los suyos. Nuestros jóvenes de hoy son los niños nacidos en aquellos años, que crecieron sometidos al trauma del “desmerengamiento” del socialismo del siglo XX, al hundimiento de la economía cubana y en un ambiente de potenciación del neoliberalismo. Bajo una debilísima economía de sobrevivencia, de estructuras vencidas y de falta de cuadros capaces, entre otros factores, se resintió demasiado la calidad de la enseñanza por la emigración de maestros y el deterioro de las escuelas y la base material de estudio; todo ello contribuyó a una ruptura abrupta de los procesos docentes y educativos que se habían creado desde los primeros años de la Revolución. Estos problemas han tenido su efecto con posterioridad: los conocimientos se simplificaron, el enfoque de la Historia y de las disciplinas de las ciencias sociales no se actualizó a la luz de las nuevas condiciones, y se produjo un ambiente de deterioro educativo y ético.

Otro aspecto que ha contribuido al desconocimiento de la historia y a la carencia de debate de la realidad, ha sido la pésima política informativa, plagada de triunfalismos y falta de objetividad, con esquemas arcaicos y sin dinamismo ni operatividad, seguida durante demasiado tiempo frente un escenario que cambió totalmente. La falta de entrenamiento para discriminar la información que se difunde con celeridad por los medios electrónicos, el empoderamiento de matrices de opinión ajustadas a la conveniencia de los monopolios de la información y la poca capacidad de respuesta, han provocado una situación de distorsión y desventaja que debemos enfrentar con inteligencia. Los jóvenes tienen una gran responsabilidad ante los desafíos y retos planteados, ahora que hay embajada norteamericana y la vía militar no es la primera opción para derrotar a la Revolución, con un teatro de operaciones totalmente diferente, en que los medios culturales se han tecnificado y sofisticado, y se requiere mayor pericia para dominarlos y flexibilidad para entenderlos, en una sociedad que cada vez acepta menos las prohibiciones, verticalismos, autoritarismos, burocracias y falsos liderazgos. En este nuevo contexto, quienes redefinan y regulen las relaciones entre cultura y política, lo primero que deberán conocer bien son todos los elementos, con todos los matices y sin prejuicios, ni mitos o paranoias, en profundidad y calado, las verdaderas causas que generaron aquellos debates de “Palabras a los intelectuales”. Habrá que partir del espíritu de aquellos mensajes para refundar—insisto en que se trata de refundación, no de reestructuración— las instituciones culturales, si queremos contribuir de manera eficaz y verdadera desde el largo camino de la Historia, a combatir la enajenación que provoca la opresión y a afianzar las libertades que aseguran la emancipación humana.



Julio-agosto de 2015

[Ir Arriba](#)

## Fidel nos enseñó a perder el miedo

Miguel Barnet

**(Palabras del intelectual cubano Miguel Barnet, durante acto por el aniversario 55 de Palabras a los Intelectuales)**

Gracias por invitarme en esta ocasión a un hecho trascendental que marcó un punto de inflexión en mi vida.

El escritor guantanamero que me precedió se refirió a su vida personal, yo tengo que contar la razón por la que estaba aquí ese día, no exactamente colado sino acompañado e invitado por mi maestro Argeliers León, quien había ganado por oposición el cargo de responsable del Departamento de Música. Lo conocí en 1958, un año muy difícil para los jóvenes de 18 años que al caer la tarde tenían que estar en sus casas ante el riesgo de que unas perseguidoras azules y blancas de los esbirros de Batista, cargaran con nosotros. Cuando pasaba la perseguidora delante de mis amigos y de mí, nos temblaban las piernas. En aquel momento no había carnet de identidad ni documento que nos identificara y entonces teníamos que decir de dónde veníamos y hacia qué lugar íbamos. En una ocasión, un amigo y yo fuimos montados en esa perseguidora y llevados hasta nuestras casas en el Vedado. Esa era la tensión en que vivían los jóvenes en esos años. Puedo afirmar que somos sobrevivientes de aquella etapa.

En 1956, el monstruo de Salas Cañizares había cerrado las aulas de la Universidad y entonces yo había empezado a trabajar por indicación de mi padre, en la compañía americana donde él era jefe de ventas. **A mí no me interesaba matricular en la escuela de Arte, ni de Letras, sino en la de Ciencias Sociales porque tenía vocación de sociólogo, de antropólogo. Todavía mantengo esa vocación.** Entonces mi padre me puso delante de una máquina horrorosa con una palanca donde yo copiaba facturas de neumáticos. *Tiempos modernos* de Chaplin se quedaba chiquita. Mis conocimientos de mecanografía me ayudaron mucho a pesar de mis dedos gruesos. Eran ocho horas siniestras. William Faulkner confesó que esas ocho horas eran el peor castigo para un ser humano.

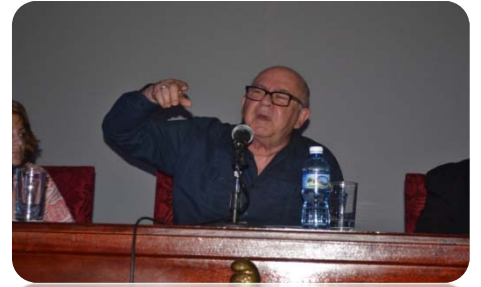
Por aquellos días asistí en la calle Prado a una exposición de arte organográfico de origen africano con mi amigo Frank Pérez Álvarez. De inmediato me fascinó aquel mundo. Un mundo que existía pero que no estaba reconocido, al menos oficialmente. **Entonces Argeliers me vio con una libretica haciendo anotaciones; apuntaba datos sobre los tambores batá, las deidades, el bonkó enchemiyá y todo lo que allí se exponía. Me preguntó si me interesaba eso. Le respondí que mucho,** pues veía todo ese mundo desde la ventana de mi casa en los solares donde entraban los hombres negros, las mujeres, los chinos.

Me apasionaba conocer ese mundo que estaba vedado en mi casa donde no se practicaba ninguna religión. Y Argeliers me dijo no te preocupes y sigue estudiando conmigo que cuando triunfe la Revolución lo conocerás en profundidad. Me prestaba libros, me llevó en dos ocasiones a casa de Don Fernando Ortiz, la primera vez

en el cumpleaños de Merceditas Valdés; después seguí asistiendo a su casa, mi verdadera universidad en 27 y L.

**El triunfo de la Revolución para mí fue la salvación, la salvación de mi vida; dejé de ser un triste mecanógrafo de una compañía norteamericana y me convertí en un estudioso de las culturas de origen africano en Cuba y en un lector voraz.**

Argeliers me trajo a trabajar a la Biblioteca Nacional en el Departamento de Musicología. Al lado estaba la élite de los intelectuales cubanos, Juan Pérez de la Riva, Manuel Moreno Fragnals, Isaac Barreal, Zoila Lapique y otros, pero como yo era el más bisoño todo el mundo me consentía.



El caso es que un día, mientras trabajaba en mis investigaciones, además de participar en las de Juan Pérez de la Riva, Argeliers me dice que Fidel estaba en la Biblioteca. Al tercer día de esa visita mi inquietud era tanta que bajé y me senté al lado de Argeliers. Claro, vino alguien y me ubicó en los *fields*, al final del teatro. Desde allí yo escuché aquel discurso extraordinario. **Los apuntes de ese discurso los perdí pero sé que para mí fue revelador, me cambió completamente la vida. Decidí que a pesar de mi sangre catalana no iba a ser empresario de una editorial, ni tampoco sería un profesor de español en un *college* norteamericano. Me iba a quedar en Cuba.**

Pasaron muchas cosas. Por ejemplo, años después, en Casa de las Américas hubo un evento sobre por qué estábamos aquí o que era la Revolución para nosotros. Hablaron muchas personas y yo dije algo que a Eusebio Leal le gustó mucho. Le dije al Comandante: yo no me quedé, yo me fui quedando. Y me fui quedando en la medida en que fui viendo cómo se iba desarrollando el proceso socialista. Un proceso tenso y lleno de contradicciones. Sobre eso escribí un poema que titulé “Contradicción”: *Entre tú y yo/ hay un montón de contradicciones/ que se juntan/ para hacer de mí, el sobresaltado,/ que se humedece la frente/ y te edifica.*

**La palabra socialista al principio me asustó muchísimo, porque se asociaba con el socialismo del Este, con el realismo socialista, con Stalin. Yo venía de una clase media pero tenía, como ya dije, tenía una vocación sociológica, antropológica y una vocación de Patria muy grande que es la que me hizo permanecer aquí, en Cuba.**

Recuerdo que ese día Fidel bajó con la Dra. Freyre de Andrade y habló con todo el personal del Departamento de literatura para niños, muy preocupado por los libros y la lectura que se les orientaba. Cuando llegó a la sala teatro fue una ovación. Hubo gente que aplaudió frenéticamente y otras no tanto, pues en aquella jornada hubo de todo, simpatizantes del 26 de Julio, del Directorio Revolucionario, de la Iglesia Católica... Recuerdo que un católico se paró y se cuestionó qué iba a hacer con su obra, y Fidel le respondió que no había nada contra ellos. Después pasó lo que pasó, parte de la Iglesia Católica se opuso a la Revolución, esa es la verdad como un templo.

**Admiré mucho a aquel hombre de 34 años, desaliñado, con su traje verde olivo que venía con otro discurso. Todavía se respiraba el olor a la Sierra Maestra. Mi generación estaba acostumbrada a otro tipo de discurso; intelectuales que hablaban de la realidad, pero con reservas.** Uno siempre atendía con curiosidad pero era un lenguaje mediatizado porque en la dictadura si alguien decía algo de Batista, la represión era brutal, por lo que aquel lenguaje era retórico.

Y entonces, de pronto Fidel llegó a Columbia con ese discurso fresco, moderno, directo, coloquial, que le llegaba al alma de todo el mundo porque estaba diciendo verdades extraordinarias. Y eso fue lo que más me impresionó. Me fui de aquí con la impresión de que teníamos un nuevo líder, un líder que todo lo que había dicho en *La Historia me Absolverá* lo iba a cumplir y que todo lo que había dicho en **Palabras a los intelectuales** lo iba a cumplir también y así fue, lo cumplió.

Hace poco, Ignacio Ramonet me comentaba sobre la juventud que teníamos todos. Los dirigentes de la Revolución eran apenas unos diez o quince años mayores que yo como Fidel con 34, Almeida muy joven,

igual que Hart que siempre fue un hombre muy preparado y continúa siendo un hombre excepcional. Para mí eso fue una revelación, una epifanía.

No repetiré lo que dije en la *Mesa Redonda* en el día de ayer. Allí reflexioné sobre todo lo que hizo la Revolución, no solo a partir de Palabras a los intelectuales, sino desde antes. En Cuba se creó la Ley de Cine, la primera después de la Reforma Agraria, se creó la Casa de las Américas, el Consejo Nacional de Cultura. **La cultura se estaba encauzando y creo que Palabras a los intelectuales tuvo la gran virtud, el gran mérito de ser la plataforma, el germen de lo que luego se implementó dentro del Consejo Nacional de Cultura, aunque allí pasaron muchas cosas tristes y se cometieron muchos errores.**

Fue lo que unos llamaron Quinquenio Gris y otros Decenio Negro, en que mentes obtusas, oportunistas y mediocres aplicaron mal las ideas de Fidel, de la Revolución y la política cultural, eso trajo mucho dolor. Heridas que están abiertas y aún no se han restañado pero la Revolución es más grande que nosotros mismos, eso lo dijo Fidel y es verdad. Los que siempre creímos en ella, siempre confiamos en Fidel y en Raúl, somos los que estamos aquí. Esos principios que el Comandante trazó se cumplieron todos con creces.

**Ese día había todo tipo de tendencias, no solamente ideológicas sino estéticas y Fidel supo hablar de libertad de expresión, supo unir a todos esos intelectuales que todos eran mayores que él. Yo con 21 años en aquel momento, estaba al lado de esos intelectuales, con esa información que estaba recibiendo acá y después en el Instituto de Etnología y Folklor.**

El 30 de junio fue un día luminoso porque Fidel es un iluminado y dijo, todos los que quieran a la Revolución van a estar con nosotros; dentro de la Revolución todo contra la Revolución nada. Esta frase fue tergiversada, mal interpretada porque creo que cuando dijo eso también afirmó que la Revolución tiene la obligación y el derecho a defenderse y ser revolucionario es defender la cultura. El lema más importante de *Palabras a los intelectuales* es Defender la Revolución es defender la cultura y no otro.

**No sé quién puso el título de *Palabras a los intelectuales*. Los intelectuales son también los científicos, los médicos, los ingenieros, los filósofos, los que están en la Academia de Ciencias y son nuestros colegas. Estas fueron las palabras a los escritores y artistas de ese momento.**

Fidel estaba preocupado por el arte, y por lo que iba a ocurrir en un país donde el arte no estaba contemplado como una prioridad y desde *La Historia me Absolverá* habló sobre la necesidad de potenciar el arte para que el cubano no solo tuviera instrucción sino que fuera culto. Él todavía tiene ese sueño, esa aspiración, no hemos llegado pero llegaremos a esa meta.

El Comandante también creó la escuela de Instructores de Arte y por esos milagros de la Revolución con 21 años fui profesor de alumnos que tenían 20 años más que yo. Fui profesor de danza contemporánea en la asignatura de pantomima afrocubana, donde les enseñaba cómo representar a Oshún y otras deidades desde una visión antropológica. Eso lo repetía como un papagayo al día siguiente de haberlo aprendido en el Instituto de Etnología y Folklor y en los libros de Don Fernando Ortiz.

En ese entonces, ya se había creado la Imprenta Nacional. **Creo que fue Alejo Carpentier quien hizo una edición de medio millón de ejemplares del Quijote con ilustraciones de Gustavo Doré. Costaba un peso y la gente lo compró, se agotó.** También se realizó una feria del libro, se creó el movimiento de artistas aficionados. Fidel es el artífice de la política cultural cubana y a mí me consta porque fui testigo de ello.

Nunca publiqué en Lunes de Revolución, sino en el semanario de *Hoy*, que lo dirigía Leonel López Nussa, —dicho sea de paso hay aquí una exposición muy interesante de su obra, muy diversa sobre el abstraccionismo y la geometría abstracta— y él me dijo: si no te publican en Lunes..., yo te publico aquí y empecé a publicar artículos sobre cultos de origen africano. Otra cosa importante, se creó el teatro musical y el Teatro Auditórium se inauguró como Teatro Amadeo Roldán, antes había sido auspiciado por ProArte Musical donde se pagaba una cuota y gracias a eso pude escuchar a Renata Tebaldi, a Mario del Monaco y funciones de ballet. A ese teatro se llevaron los tambores batá y se organizaron por Odilio Urfé festivales de música popular que fueron los primeros en la Revolución.

La sala Covarrubias del Teatro Nacional donde Argeliers León, junto conmigo —porque yo era su asistente, su amanuense, con gente de su equipo, llevamos ahí a los abakuás, los cantos yorubas de Cuba y todo un arsenal de música de origen africano, que estaba restringida a los solares habaneros, una cultura que hoy ya es parte esencial, indisoluble del corpus identitario de la nación cubana, pero en ese momento era solo de sectores periféricos y eso es lo que, paradójicamente, nos ha salvado.

**¿Qué nos ha salvado a nosotros?: toda esa cultura, todo ese bagaje de España, de las culturas populares y regionales; la toma de conciencia nuestra, de este país,** gracias a *La Historia me Absolverá* y a Palabras a los intelectuales, porque ha sido la espiritualidad del pueblo cubano la que ha sostenido como un motor propulsor de ideología a la Revolución cubana; eso ha sido lo que ha sostenido a la Revolución.

**La economía..., ustedes saben cómo es la economía, no voy a hablar de ese tema, un día está arriba y otro día está abajo, pero nosotros cuando la economía estuvo abajo, muy abajo como en el período especial, resistimos, ¿Por qué? por la conciencia que nos había creado Fidel, con sus agudos editoriales en Granma,** por la conciencia cultural que adquirimos de la diversidad, de una visión verdaderamente antropológica de la cultura, no elitista, no reduccionista; por eso me parece que todo lo que sea reduccionista hay que obviarlo. Se acabó el elitismo, se democratizó la cultura.

Fidel dijo y está en el discurso de él, que en el Country Club —a donde yo nunca fui porque aunque era de la clase media, allí no llegaba, juro que ahí no llegaba, nunca fui a jugar al golf (...) no sé Ignacio pero a mí me parecía el juego más aburrido del mundo; de todas maneras había gente que jugaba en aquellos terrenos preciosos mullidos, lindísimos— y... ¿Qué dijo Fidel? Allí vamos a crear las escuelas de arte. Y nombró a los arquitectos cubanos Ricardo Porro y tres arquitectos más italianos y se hicieron las históricas, emblemáticas, idílicas, escuelas de arte donde se graduaron tantos artistas que venían ¿De dónde? ¿Del Vedado? ¿De Miramar? ¿Del Yacht Club?

No. Venían de las provincias, de las montañas, de allá, de dónde es Nelson Domínguez, de donde es uno de nuestros más grandes pintores Roberto Fabelo, del centro de la Isla, del campo profundo como Zaida del Río, todos, todos, Frank Fernández, el músico que venía de Mayarí Arriba y **eso fue una de las cosas que dijo Fidel en estas Palabras a los intelectuales, que hay que rescatar y no olvidar que nuestro pueblo tiene grandes potencialidades artísticas y estamos en la obligación de desarrollarlas.**

Se crearon, no solo el Conjunto Folklórico Nacional, que por cierto fui uno de sus primeros colaboradores, sino conjuntos folclóricos en todo el país. Hubo polémica, grandes discrepancias porque un segmento blanco, pequeño burgués que se hacía llamar socialista, estaba en contra de que las expresiones de origen africano participaran en nuestros conjuntos folclóricos y aquello fue una batalla campal; incluso gente de izquierda, progresista que decían: no, ¿el negro?, es una cosa regresiva, una cosa de atrás, si, tiene mucha autoctonía, pero no nos ayuda. ¿No nos ayuda?

Ha sido la cultura y el legado de origen africano el signo mayor, más distintivo y noble de nuestra cultura, (Aplausos) porque mi maestro, y el maestro de todos nosotros lo dijo: “Cuba sin el negro no sería Cuba”, eso lo dijo en los años 40. Y Roberto Fernández Retamar, que es admirador de nuestro maestro don Fernando Ortiz, escribió el prólogo del *Engaño de las Razas*, un libro que se adelantó al ADN, al orden genético, a todo, donde condenó con fundamentos científicos el racismo y la discriminación racial.

Fernando Ortiz se adelantó a todo, creó un concepto de la identidad muy ambicioso, integral, cubano, democrático y profundo y... algo que ustedes quizás no sepan: Fidel fue un gran admirador de Fernando Ortiz, porque cuando se fue a crear, en La Universidad de La Habana, la Hermandad Antirracista de Cuba ¿A dónde fueron Fidel y Alfredo Guevara? Ahí, a L y 27, a donde está hoy la fundación que creamos hace 21 años, a ver a don Fernando, a buscar su apoyo y don Fernando firmó. Fue parte de la Hermandad Antirracista de Cuba que luchó muchísimo contra todo tipo de racismo, dio conferencia en el Club Atenas, y muchos otros sitios habló de la integración y dijo: “la salvación de nuestro país es la integración”, integrarnos ¿a qué? a Cuba, al concepto de cubanía, que luego tan brillantemente ha desarrollado en sus textos Cubanía y cubanidad, el maestro Eduardo Torres Cuevas.

Solo quiero terminar —ayer dije en la televisión esto—: rescatar la cultura popular, el legado africano, llevar las expresiones a las salas de teatro y los escenarios, pero ¿Quién le ha dado continuidad a esto? Los artistas y escritores cubanos. **Se creó la UNEAC por Fidel, que sigue la política cultural trazada por él, interrumpida durante el llamado Quinquenio Gris por mentes obtusas, prejuiciosas, no sé cómo calificarlo, que produjo muchas heridas que están abiertas, algunas no se han restañado.** Yo la mía, inmediatamente me la curé. Y dije: la Revolución es más grande y hay que estar por encima de eso. Yo no tengo ninguna herida, ningún rencor. Soy el hombre más feliz del mundo por vivir aquí, con mis años y mi calvicie en la Revolución y sentirme joven espiritualmente todavía. (Aplausos)

Sé que estamos atravesando momentos difíciles, pero ¿Quién fue el que rompió con aquella distorsión? ¿Quién fue el que puso punto final a aquella mala interpretación, aquel desastre? ¿Quién nos sacó del hueco? ¿Quiéren saber? Ahí está, Armando Hart Dávalos (Aplausos). En 1975, cuando se creó el Ministerio de Cultura que él presidió —yo todavía le digo Ministro porque no lo concibo sino como Ministro—, al igual que Abel, mi hermano.

Quiero por último terminar diciendo: hoy tenemos la UNEAC, La Casa del Alba, el teatro y tenemos tantas opciones culturales. **¿A quién se debe todo esto? A la grandeza, la nobleza, la luminosidad de Fidel Castro. Y ¿Quién le da continuidad a esta tarea?, a pesar de todos los problemas que tiene que abordar de carácter económico, a pesar de los retos que tenemos que afrontar hoy frente al imperio, al colonialismo que se nos quiere imponer aquí con máscaras engañosas, mentirillas y guiños falsos. ¿Quién le ha dado continuidad a esto? El General Presidente Raúl Castro.** (Aplausos)

Algo para terminar: está el imperio ahí. Tenemos todos los retos posibles que ustedes conocen, de penetración colonialista, de gente que todavía se viste con la bandera americana, que sueña con que esta Isla se pueda anexionar y convertirse en un Puerto Rico. Cada vez que ellos enarbolan la bandera dan ganas de llorar porque lo único que tienen es su bandera, su cultura, su lengua, que es parecida a la nuestra; pero Fidel nos enseñó a amar a Cuba con el pensamiento de Félix Varela porque es su heredero, con el pensamiento de José Martí y Fernando Ortiz y les digo a ustedes, a los que piensan que vamos a perder la batalla: la vamos a ganar porque él nos enseñó a ganar y también a perder, pero solo el miedo. Muchas gracias. (Aplausos)

Tomado de la [UNEAC](#)

[Ir arriba](#)

**La cultura se desmitificó, se llenó de pueblo y se fundió con él**

**Eduardo Torres Cuevas**

**H**ace 55 años, en una fecha como la de hoy, 30 de junio, y en este mismo local, Fidel Castro concluía una reunión de tres días en la cual un grupo importante de intelectuales debatió sobre el proyecto revolucionario cubano, el lugar de los intelectuales en él y los retos que para la creación algo más que artística y algo más que literaria, planteaba la profunda remoción de la sociedad cubana que se había iniciado desde el 1ro. de enero de 1959.

A la distancia de más de medio siglo dos cosas pueden resaltarse. Aquel acto que pudo ser coyuntural se convirtió, no por mando y acato, sino por tocar las fibras más sensibles de la creación y del espíritu cubano, en un cuerpo de ideas que en su permanencia ha contado con remociones, profundizaciones y definiciones

siempre superadoras, pero fieles al espíritu inicial de aquel extraordinario movimiento que nace de un debate de ideas y de un diálogo, más que un discurso, de Fidel con los creadores, que dejó sentadas esas bases que durante todas estas décadas han estado como aliento, impulso, renovación y libertad creativa.

No sería posible entender el espíritu de esa época, los hombres y mujeres de la juvenil Revolución cubana, reunidos en este local, sin entender todo lo que ardía y centelleaba desde el subsuelo de nuestra sociedad en transformación a los espacios abiertos que necesariamente requerían pensarse y recrearse. Impregnaba toda la época un fervor revolucionario que nacía no de palabras, sino de hechos, y en cuya ejecución participaba todo el pueblo. Si 1959 fue el año del triunfo revolucionario y de la Reforma Agraria, le continuaría la nacionalización de las riquezas del país y, sobre todo, una intensa campaña para crear un hombre nuevo capaz de crear una sociedad nueva. Pero 1961, quizá necesitado de un estudio más profundo, fue un año de definiciones trascendentes. Desde comienzos de año se inició la Campaña de Alfabetización, que movilizó jóvenes estudiantes de todas partes para otras regiones del país. La brigada alfabetizadora Conrado Benítez, formada por esa muchachada menor de 18 años, cerca de 100 mil, unió a campesinos y estudiantes. En diciembre de ese año, congregados los alfabetizadores en la Plaza de la Revolución, aquellos jóvenes enarbolaban el lema: “Fidel, Fidel, dinos qué otra cosa tenemos que hacer”. Y con esa visión cultural de la Revolución, el líder revolucionario respondía: “estudiar, estudiar”. Ello ocurría justo frente a esta biblioteca, que tenía inscrito en su fachada la frase “la Revolución no te dice cree, la Revolución te dice lee”, como la expresión antidogmática de una revolución juvenil, martiana y socialista.

Un recuento hoy pudiera encontrar a esos jóvenes estudiantes entre los científicos, intelectuales, profesores, militares y dirigentes que han sostenido e impulsado la Revolución en estos 55 años. Otro hecho marca a esa reunión de intelectuales a la cual se dirigió Fidel. Algo más de dos meses antes se producía el ataque mercenario de Playa Girón. En 72 horas eran derrotadas las fuerzas invasoras. Pero algo muy significativo había ocurrido en el entierro de las víctimas del bombardeo a los aeropuertos cubanos. Ante la batalla que ya se aproximaba y ante la multitud miliciana, Fidel proclama el carácter socialista de la Revolución. Los que cayeron en Girón lo hicieron defendiendo la construcción socialista.



Y en aquel momento crucial se produce la reunión de intelectuales y artistas que debían debatir, ya bajo el signo del Socialismo, el papel de los creadores en una nueva dimensión de la sociedad cubana. *Palabras a los intelectuales*, de Fidel, leída despaciosamente, forma parte, como pieza trascendente, del proyecto revolucionario cubano. Tomaba distancia de los cerrados esquematismos y de las ideas censoras que lamentablemente predominaban bajo el muy discutido nombre de “realismo socialista”. Lo que acaparó la atención de todos, lo que creó un entusiasmo creador, fue que el mensaje del líder revolucionario era portador de una fuerza, y cito a la Doctora Graziella Pogolotti, “de vitalidad, de afirmación de nosotros mismos, de autorreconocimiento, que en sí mismo constituía, también, una afirmación profundamente revolucionaria”.

*Palabras a los intelectuales* forma parte del conjunto creador de la Revolución cubana. Colocó a la cultura como la línea de defensa de la Revolución cubana auténtica y necesaria. Era un discurso nacido de la originalidad cubana, de la tradición revolucionaria y cultural cubana, de sus raíces más profundas, de la siembra de los hombres de 1868, 1895 y 1933, y todo ello, como fuerza creadora para los hacedores de la cultura naciente de una nueva sociedad construida desde la tradicional cultura de la resistencia al colonialismo, al neocolonialismo, al injerencismo y al imperialismo. No hay otra cultura posible en Cuba que la de Félix Varela, José Martí, Julio Antonio Mella, Nicolás Guillén, Alejo Carpentier y Lezama Lima. Cultura del descubrimiento de nosotros mismos y cultura de la resistencia a las fuerzas disolventes, nacionales o extranjeras. Ese es el punto de partida, ese es el contenido, ese es el legado que recoge en sus palabras Fidel y que pueden constituir punto de debate, pero punto de debate creador y punto de surgimiento de una proyección que da en sí lo que fue la cultura literaria, popular, científica y espiritual de la Revolución cubana. Recuerdo aquí las palabras de José Martí: “Crítica es el ejercicio del criterio. Destruye los ídolos falsos, pero conserva en todo su fulgor a los dioses verdaderos”.



*Palabras a los intelectuales* forma parte del conjunto creador de la Revolución cubana. Colocó a la cultura como la línea de defensa de la Revolución cubana auténtica y necesaria. Barrera irrenunciable e indestructible que es la garantía de nuestra propia existencia. Ha sido, en estos 55 años de creaciones, una etapa en la que la cultura se desmitificó, se llenó de pueblo, leyó en el pueblo y se fundió con él. Nación, Patria, Revolución, recuperaron, en la obra de nuestros intelectuales, el discurso, y en la obra de nuestro pueblo, la construcción de una sociedad nueva, sin que ambas cosas puedan mínimamente separarse.

La fuerza de *Palabras a los intelectuales* se demostró en menos de dos meses, cuando surgió, orgullosa y joven, por la edad de la mayoría de sus integrantes, la Unión Nacional de Escritores y Artistas de Cuba (UNEAC).

Hoy, siento la emoción de estar sentado en el local en que Fidel habló a los intelectuales, en nuestra querida Biblioteca Nacional de Cuba José Martí. En aquel entonces nacían algunas de las múltiples instituciones artísticas y culturales que llenan con calidad y plenitud nuestro país. La Biblioteca Nacional, catedral de la cultura cubana, siempre llevará con orgullo que fue partera de ese amplio movimiento que ocupa todo el país. Al visitar la institución, previo a sus palabras, Fidel constató la importancia que tenía la Biblioteca Nacional: “la Biblioteca Nacional por su parte está desarrollando una política en favor de la cultura, empeñada en despertar el interés del pueblo por la música, por la pintura. Ha constituido un departamento de pintura con el objeto de dar a conocer las obras al pueblo. Un departamento de música, un departamento juvenil; una sección, también, para niños (...) El trabajo que se está allí desarrollando y los adelantos que ha logrado la Biblioteca Nacional constituye un motivo para que el Gobierno le facilite los recursos que necesite para seguir desarrollando esta labor”.

Pude iniciar mis palabras con este recordatorio y con este mensaje. El 13 de agosto el siempre joven —juventud de ideas—, nuestro querido Fidel, cumple su 90 aniversario. Con qué orgullo hoy podemos decirle: “Tus palabras nunca han caído en el vacío, vivirás siempre, no solo en el corazón, sino en las ideas y conceptos que defendiste”. Hoy, todos aquí te sentimos presente.

Nota: Palabras leídas en el acto por el 55 aniversario de *Palabras a los intelectuales* en el teatro de la Biblioteca Nacional José Martí. 30 de junio de 2016.

[Ir arriba](#)

## **Fidel, el compromiso y la palabra cumplida**

### **Pedro de la Hoz**

**E**n medio de urgentes e ingentes tareas, Fidel Castro se reunió en tres ocasiones con escritores y artistas en la Biblioteca Nacional al comienzo del verano de 1961. Al clausurar el ciclo de encuentros el 30 de junio de ese año pronunció un discurso —en tono íntimo, coloquial, reflexivo— que todos conocen por *Palabras a los intelectuales*.

¿Por qué Fidel, primer ministro entonces del Gobierno Revolucionario, junto al presidente Osvaldo Dorticós, Carlos Rafael Rodríguez y otros compañeros de la dirección política y de algunas de las nacientes instituciones culturales del país decidieron convocar esas reuniones? ¿No estaba acaso el país en guerra, reciente la victoria de Girón, y en su apogeo la lucha contra las bandas contrarrevolucionarias y los sabotajes del enemigo de una parte, y de otra la recomposición de las relaciones económicas internacionales ante el bloqueo norteamericano? ¿Cómo hallar un paréntesis en una agenda de gobierno que ponía en primer plano la épica Campaña de Alfabetización?

Alguien pudiera exponer razones coyunturales. La censura del ICAIC contra el filme *PM* —bajo los auspicios del *magazine* *Lunes de Revolución* y realizado por Sabá Cabrera Infante y Orlando Jiménez— acompañada por un debate que tuvo lugar en la Casa de las Américas, causó revuelo en ciertos círculos culturales. En la superficie estaban las pugnas por el ejercicio de la hegemonía cultural por parte de los más notorios actores de la escena intelectual cubana de la época. Y en el fondo, una preocupación expresada por Virgilio Piñera; estas fueron sus palabras: “Hay un miedo que podíamos calificar de virtual que corre en todos los círculos literarios de La Habana, y artísticos en general, sobre que el Gobierno va a dirigir la cultura. Yo no sé qué cosa es cultura dirigida, pero supongo que ustedes lo sabrán. La cultura es nada más que una...”. Y luego, atemperó su criterio: “...no digo que haya temor, sino que hay una impresión, entonces yo no creo que nos vayan a anular culturalmente, que esa sea la intención del Gobierno”. Cito textualmente estas frases de Virgilio porque se ha insistido en una sola palabra: el miedo.

Más allá de las sombras de un intervencionismo de corte stalinista en la gestión cultural, lo que trató el encuentro fueron las relaciones entre el Estado revolucionario y el movimiento artístico e intelectual. Convendría glosar y comentar en algún momento los diversos pronunciamientos efectuados a lo largo de las tres jornadas de junio de 1961 para trazar un balance exacto del diálogo. Como botón de muestra me permito reproducir algo que expuso el compositor Juan Blanco: “Aquí lo importante se ha hablado: de si el arte debe ir a las masas, si las masas deben ir al arte. Yo creo que aquí no hay ni subida ni bajada, aquí hay marcha hacia adelante en ambas partes. Las masas, que den un paso adelante por medio de la educación, que muy efectivamente se está trabajando en ese sentido por el Gobierno Revolucionario. Y que los artistas demos otro paso adelante también, para encontrarnos y abrazarnos con ellas”. Una dialéctica que deja atrás posiciones elitistas y populistas.

El valor de *Palabras a los intelectuales* trasciende su coyuntura. Si en aquel contexto Fidel puso sobre la mesa sólidos argumentos en aras de la unidad y conjuró las fricciones entre capillas y tendencias en el campo cultural, también, y con mucho mayor alcance, estableció principios para el trabajo en esa esfera, válidos para la ética en la conducción del proceso revolucionario, y formuló compromisos cumplidos y plenamente vigentes hoy día.

Entre los primeros, el establecimiento de un canal directo de diálogo entre la vanguardia política y la intelectual que a lo largo de los años ha propiciado un clima de identificación y confianza ajeno a subordinaciones instrumentales de una y otra parte; la concepción democratizadora de la política cultural revolucionaria; y el diseño inclusivo de esa política.

En cuanto a compromisos satisfechos, el apoyo del estado a la creación sobre la base de un sistema institucional en función de la creación y los públicos, la consolidación de un sistema renovado y abarcador de la enseñanza artística y, sobre todo, el respeto a la expresión artística con independencia de credos estéticos.

A *Palabras a los intelectuales* habrá que ir una y otra vez para encontrar el hilo del desarrollo cultural ulterior y, particularmente, para confrontar las fundacionales apreciaciones de entonces con lo que nos falta aún por conquistar.

[Ir arriba](#)

**Mis palabras sobre las Palabras**

**Eldys Baratute**



**E**l 30 de junio de 1961, cuando Fidel pronunciaba sus *Palabras a los intelectuales*, mi madre aún no había cumplido dos años de edad; para ese entonces vivía en su natal Guantánamo, el mismo Guantánamo que inmortalizara Regino E. Boti en sus versos. Mi madre, que nunca leyó a Boti y ni siquiera sabe por qué la ciudad del Guaso adoptó el sobrenombre de aldea, 22 años después tuvo su primer hijo, un niño que encontró en las aventuras de Tom Sawyer, de Salgari, las historias de María Gripe, Onelio, y el trotar del cochero azul por las costas matanceras, a los amigos que no encontraba fuera de las páginas de los libros. Ese mismo niño, más tarde, comenzó a estudiar medicina y después de una larga carrera llena de estetoscopios, esfigmos, torundas, interminables rotaciones y noches de guardia, abandonó su profesión para dedicarse a promover la cultura.

Aún mis compañeros de carrera y mis profesores no entienden cómo pude olvidarme de esos seis años de estudio, de la pulcra bata de médico, de la posibilidad palpable de adquirir experiencia en cualquier país latinoamericano para dedicarme, según su criterio, a disertar en la radio o la televisión sobre las actividades que otros hacían, en una visión muy limitada de la cultura, sus espacios de promoción y del impacto real que puede tener el arte y la literatura en la transformación de estilos de vida. Yo mismo, después de las jornadas más agotadoras, me pregunto si no estaría más cómodo detrás de una consulta o en un salón de operaciones. Sin embargo, segundos después me respondo que no, que ya no puedo dejar de ser la persona que se despierta con la convicción de que a través de las prácticas culturales transformará, para bien, la conciencia del hombre, y lo hará más sensible, más emotivo, más humano.

Es evidente que no estuve en aquellos debates de junio de 1961 en donde Fidel enunció, por primera vez de forma pública, el papel imprescindible de la cultura en la Revolución naciente, como motor impulsor de los cambios que se se mostraban en la sociedad.

Ya desde entonces, en sus palabras, hablaba de suplir, al mismo tiempo, las necesidades espirituales y las materiales, reconociendo el papel transformador de la cultura.

(...) Y al igual que nosotros hemos querido para el pueblo una vida mejor en el orden material, queremos para el pueblo una vida mejor también en el orden espiritual, queremos para el pueblo una vida mejor en el orden cultural. Y lo mismo que la Revolución se preocupa del desarrollo de las condiciones y de las fuerzas que permitan al pueblo la satisfacción de todas sus necesidades materiales, nosotros queremos desarrollar también las condiciones que permitan al pueblo la satisfacción de todas sus necesidades culturales. (...)

Y luego continúa:

(...) una parte del pueblo carece de un gran número de bienes materiales que son para ellos indispensables, y nosotros tratamos de propiciar las condiciones para que todos esos bienes materiales lleguen al pueblo. De la misma manera debemos propiciar las condiciones para que todos esos bienes culturales lleguen al pueblo. (...)

Me resulta difícil imaginar cómo en medio de las agresiones internas y externas que sufría la Revolución en ese año, en medio de las tensiones ante la reacción de Kennedy por su derrota en Playa Girón, en medio de los atropellos causados por la contrarrevolución interna para ensombrecer los logros de la Campaña de Alfabetización, el líder del nuevo proceso revolucionario encontraba un espacio para dialogar con los intelectuales cubanos y ubicar a la cultura en el centro de todas las transformaciones sociales que atravesaba el país en aquel momento.

Tal vez los ecos de aquel discurso influyeron en mi decisión de convertirme en promotor de la cultura. Aunque algunos aseguran que *Palabras a los intelectuales* se conoce más por el debate que alude a frases descontextualizadas, a partir de esos encuentros el papel de la cultura, sin importar etapas de bondades o carencias, quedó claro. Es indiscutible que después del triunfo revolucionario, la cultura y su connotación social han sido asunto de debate y en la mayoría de los hogares cubanos —incluso en el mío, en donde a mi madre no le interesaba leer a Boti— llegó a concientizarse que verdaderamente ser culto es el único modo de

ser libres y que sin la cultura no tendríamos las herramientas necesarias para salvar el país del asedio constante al que se ve sometido.

Nunca se podrá decir que en Cuba, después de 1959, el arte y los artistas pertenecen a una élite almidonada, distante de las preocupaciones de la sociedad, encerrados en su microespacio. Por supuesto que mi madre también se hizo eco de esas palabras y me indujo a encontrar compañía en los libros, lo que años más tarde influyó en mi decisión de abandonar la medicina para dedicarme a promover el arte y la cultura. Así que estoy seguro de que sin las palabras de Fidel en aquel 1961 y la influencia que tuvieron en las próximas generaciones de cubanos, hoy yo no sería el mismo.

Los que han tenido la oportunidad de leerme saben que disfruto escribir para niños y que soy un autor querido por algunos y quizá no tan querido por otros; sin embargo, cada vez que tengo que llenar alguna planilla o alguien me pregunta cuál es mi oficio, no dudo en responder que soy promotor cultural, con la convicción de que más allá de cargos o nomenclaturas, todos los trabajadores del sistema institucional de la cultura, principalmente los artistas, somos promotores tanto de la cultura artístico-literaria, como de la gran cultura, aquella que nace del respeto, del diálogo, de la escucha y que indudablemente conlleva a la transformación del hombre.

Me enorgullezco de ejercer una profesión tan noble como la de los médicos, los maestros o los científicos. Imagino que el líder de la Revolución Cubana en junio de 1961 también se enorgullecía de lo mismo, porque consciente o inconscientemente estaba siendo un ejemplo insuperable de promotor cultural, al punto que invitó a desterrar acomodamientos, miradas elitistas y posturas individualistas, para poner al arte en función de los campesinos, los obreros, los hombres de bien. “(...) Si a los revolucionarios nos preguntan qué es lo que más nos importa, nosotros diremos: el pueblo. Y siempre diremos: el pueblo. (...) para nosotros será bueno lo que sea bueno para ellos; para nosotros será noble, será bello y será útil todo lo que sea noble, sea útil y sea bello para ellos (...)”. Esos ecos también nos han acompañado hasta hoy, cuando vemos a escritores, artistas de la plástica, actores o bailarines, dedicados a la creación, pero, no conformes, ocupan espacios de socialización en diferentes comunidades y promueven tanto su obra como la de otros creadores.

Nunca se podrá decir que en Cuba, después de 1959, el arte y los artistas pertenecen a una élite almidonada, distante de las preocupaciones de la sociedad, encerrados en su microespacio. Los escritores y artistas cubanos, los que protagonizaron aquel encuentro y los que llegamos después, somos conscientes de la importancia de la participación real en la construcción de nuestro país. Ya a pocos años del triunfo de la Revolución, Fidel estaba invitando a construir un país desde la participación, la inclusión y la unidad, y esta invitación ha quedado refrendada desde entonces.

Fidel supo escuchar para después establecer un diálogo con intelectuales que tenían miles de diferencias, pero que al mismo tiempo estaban unidos por el deseo de soñar un país desde la cultura y para la cultura, en una práctica que debía alejarse de dogmas o miradas esquemáticas, y en donde las consignas y los discursos preestablecidos quedaban de lado. No conforme con los logros que ya se alcanzaban con la Campaña de Alfabetización, invitó a los intelectuales a incidir en la formación del hombre culto que necesitaba la Revolución cubana, consciente de que no se puede pensar en una instrucción verdadera, incluso en una educación verdadera, si no se conoce la poesía, las artes visuales o la tradición musical de un país. “(...) No quiere decir eso que el artista tenga que sacrificar el valor de sus creaciones y que necesariamente tenga que sacrificar esa calidad. ¡No quiere decir eso! Quiere decir que tenemos que luchar en todos los sentidos para que el creador produzca para el pueblo y el pueblo a su vez eleve su nivel cultural (...)”.

Fidel estaba invitando a construir un país desde la participación, la inclusión y la unidad, y esta invitación ha quedado refrendada desde entonces. Hay un momento en el discurso en el que Fidel apela a lo personal y relata cómo gozó de privilegios que no tuvieron otros niños cercanos a él, solo porque su familia pudo pagar sus estudios. Y desde la modestia, desde la humildad, reconoce las ventajas que eso le brindó frente a otros, producto de lo que él llamó selección social, y contra la cual se pronunciaba la sociedad que se estaba construyendo. Imagino la cara de asombro de los artistas e intelectuales de entonces cuando escucharon tamaña confesión de ese hombre que para nada se jactó de su erudición y que, ante todo, confesó que había propiciado ese encuentro para aprender, y que además mantuvo en todo su discurso la palabra honradez como un *leitmotiv*, única e imprescindible condición para acompañar el proceso revolucionario de entonces.

“(…) Nadie ha supuesto nunca que todo hombre honesto, por el hecho de ser honesto, tenga que ser revolucionario.(…) puede haber hombres que se adapten a esa realidad y ser hombres honestos, solo que su espíritu no es un espíritu revolucionario, solo que su actitud ante la realidad no es una actitud revolucionaria.(…) la Revolución nunca debe renunciar a contar con la mayoría del pueblo, a contar no solo con los revolucionarios, sino con todos los ciudadanos honestos, aunque no sean revolucionarios (…)”.

Imagino que ante esas palabras, el auditorio se percató de que ese era un hombre en el que había que confiar, más allá de cualquier diferencia, más allá de malas interpretaciones o de decisiones nacidas bajo la necesidad de proteger un país que estaba cambiando la historia de América Latina y el Caribe, ese era un hombre en el que había que confiar, porque hablaba desde el compromiso, desde la verdad, desde el respeto al otro.

Después de 1961 otros muchos espacios han servido para replicar ese ejercicio de debate, de confraternidad, de socialización, de sinceridad, unos en presencia de Fidel, otros sin él, pero en todos han prevalecido los deseos de perfeccionar un proceso social que aunque ya tiene más de medio siglo, sigue siendo joven.

Los encuentros sistemáticos de la UNEAC y la AHS con los artistas, en donde se revisa el funcionamiento de ambas organizaciones y se esbozan las debilidades de cada una de ellas en la promoción del arte de vanguardia, dan fe de ello; al mismo tiempo han servido para debatir sobre el papel de las instituciones en un mundo donde lo alternativo, las tecnologías y los bondades de las nuevas formas de gestión ganan protagonismo.

Como lo hizo Fidel hace 55 años, los jóvenes escritores y artistas reconocemos el papel de las instituciones de la cultura encargadas de preservar el patrimonio cultural, así como de promover la obra de los creadores. Como lo hizo Fidel hace 55 años, los jóvenes escritores y artistas reconocemos el papel de las instituciones de la cultura encargadas de preservar el patrimonio cultural, así como de promover la obra de los creadores y establecer estrategias de promoción basadas en la verdadera jerarquización. Si en aquel momento Fidel decía: “(…) Tiene que existir un Consejo que oriente, que estimule, que desarrolle, que trabaje para crear las mejores condiciones para el trabajo de los artistas y de los intelectuales (…)” , hoy reafirmamos la necesidad de que una planificación consciente, en donde no predominen criterios economicistas, es imprescindible para mantener a la cultura como eje transversal de los procesos sociales. Esa planificación debe partir del sistema institucional.

Y cuando fallan, cuando se hacen lecturas erróneas de la política trazada por Fidel en 1961, como ha sucedido en otras ocasiones, ahí deben jugar su papel las organizaciones del arte de vanguardia para señalar, corregir y enmendar esos errores, siempre con la convicción de que nosotros también podemos equivocarnos.

La permanencia en cada uno de los territorios de una programación variada que muestra lo más valioso del arte de vanguardia y que ayuda a la formación de públicos inteligentes, una programación que no solo brinda propuestas emergentes, sino que ayuda a que estas se fundan con las más tradicionales, propiciando el nexo necesario entre tradición y modernidad, garantiza la vitalidad de la cultura cubana. Y en este caso hablamos de los eventos literarios de nuestras editoriales, de las cruzadas artísticas que visitan las zonas más complejas de cada territorio, del Antonio Lloga, dedicado a la radio y que se realiza en Santiago de Cuba; el Caturula, dedicado a la música de concierto, en Santa Clara; la Jornada de la Canción Política en Guantánamo, y otros, dan fe de esa permanencia.

El homenaje que año tras año le realizamos a los Maestros de Juventudes en el mes de octubre, algunos de ellos protagonistas de los encuentros de 1961, hablan del respeto por las generaciones que nos proceden, esas mismas generaciones de intelectuales que han permitido que llegemos a donde estamos hoy.

Los congresos de la AHS y la UNEAC demostraron la vigencia del binomio indisoluble arte-sociedad que Fidel planteó en las *Palabras a los intelectuales*. Las debilidades y fortalezas de nuestro sistema educacional, la influencia de los medios en la formación de los estilos de vida, la interrelación que debe existir entre familia, escuela y sociedad para brindarle a las nuevas generaciones las herramientas para ejercer el criterio y más tarde poder discernir entre toda la avalancha de información a la que estamos sometidos, formaron parte de esos debates y aún siguen siendo motivo de encuentro de muchos intelectuales en cualquier parte del país.

Ese es el mejor homenaje que podemos hacer a aquellas palabras de Fidel.

A ser profundamente inconformes nos invitaba él en ese año, a propiciar que de las más grandes contradicciones nazcan los más grandes proyectos, a soñar, todos, el gran sueño de ser mejores, el mismo que le permitió a un joven guantanamero cambiar su destino para dedicarse, desde la cultura, a que florezca lo mejor de la sensibilidad humana en los hombres y mujeres de hoy.

Nota: Palabras leídas en el acto por el 55 aniversario de Palabras a los Intelectuales en el teatro de la Biblioteca Nacional José Martí. 30 de junio de 2016

[Ir arriba](#)

## Somos hijos de aquellos sueños convertidos en realidades

### Liliam Mendoza

El entorno que circunda un acontecimiento tan trascendental como el que recordamos hoy, los profundos cambios en el ámbito social y cultural que se sucedían en aquel entonces, y la postura asumida por Fidel, esbozan la grandeza del proceso revolucionario que recién iniciaba.

Ser resultado de esas visiones y aspiraciones manifestadas en aquellos días resulta un compromiso enorme a la altura de estos 55 años. Si bien para aquellos que compartieron esos momentos constituía un punto de partida, para quienes vivimos el presente, representa un reto, pues de nosotros dependerá la permanencia y trascendencia de esas ideas básicas que definen la política cultural de la nación.



Las primeras nociones de este suceso, según recuerdo, me fueron transmitidas la primera vez que llegó un instructor de arte a mi escuela primaria. Desde sus talleres escuché los conceptos de aficionados, cultura, comunidad y otros muchos que se venían complejizando a medida que ese grupo de niños a los que les interesaba el teatro fuimos madurando.

Luego entendí que su llegada hasta mi centro tenía que ver con algo que llamaban democratización (concepto que, confieso, no comprendí hasta después de un tiempo) y que la formación de aquel grupo de teatro no era más que otro espacio en el que creceríamos tanto en el plano intelectual como espiritual.

Tal vez existan miles de historias cercanas a esta, pero ninguna hubiese sido posible sin el empeño puesto por la Revolución en pos de la creación de una política cultural diferente, inclusiva, con igualdad de oportunidades, ajena a dogmas y sectarismos, donde una niña como yo del poblado de Jovellanos se acercó al teatro sin tan siquiera salir de su municipio.

Como es de suponer, la influencia que ese instructor tuvo en mí se vio concretada en la profesión que hoy también desarrollo, esa que desde aquellos primeros que se iniciaron en granjas y cooperativas hasta los más de 17 mil que hoy formamos parte de la Brigada José Martí, sigue siendo baluarte imprescindible para satisfacción de las necesidades espirituales del pueblo. Cómo olvidar la obra de Sara Lamerán, Olga Alonso, Nisia Agüero y otros miles que se entregaron en pos de esa lucha contra la incultura, desde profundos compromisos sociales.



De *Palabras a los intelectuales* nos llegaron líneas básicas para nuestra formación profesional. Con magistral elocuencia fueron dibujados los conceptos de calidad de vida, formación de juicios y gustos estéticos, así como la valía del ejercicio del pensamiento en la formación de cada individuo para el alcance de su libertad plena.

De *Palabras a los intelectuales* nos llegaron líneas básicas para nuestra formación profesional. Con magistral elocuencia fueron dibujados los conceptos de calidad de vida, formación de juicios y gustos estéticos. En correspondencia con ellos vale señalar las responsabilidades que en el devenir de estos años se han asumido; pues si bien en un inicio la profesión surgió en escenarios de la producción, la realidad muestra que esos espacios han sido variados durante estos años: lo mismo desde una empresa o entidad, que desde una institución cultural.

Por estos días los contextos son rectorados por las escuelas y casas de cultura, desde ellas se abre el alcance de la profesión a ese epicentro de saberes que es la comunidad, una comunidad diferente, propia del siglo XXI, necesitada de la práctica acertada de este gremio ante la avalancha de patrones y modelos de vida foráneos.

Aunque los escenarios han sido diversos en estos años, tienen varios denominadores comunes, entre ellos, la vocación eminentemente social, los sacrificios durante el ejercicio de la creación y, sobre todo, la transmisión de valores cívicos y morales, que demuestra la profunda concepción humanista de la Revolución.

Otro aspecto que ha marcado a estas generaciones ha sido su aporte a la formación de los públicos, desde el entendido de la capacidad que este da para participar en los procesos que suceden a su alrededor de forma activa. En torno a ellos se fragua un sentir por la defensa de lo más genuino de las tradiciones que ha acumulado la nación.

Para esta generación futura, como nos llamara Fidel, *Palabras a los intelectuales* continúa siendo la columna vertebral que sostiene nuestro hacer. Para esta generación futura, como nos llamara Fidel, *Palabras a los intelectuales* continúa siendo la columna vertebral que sostiene nuestro hacer; reencontrarse con ellas tiene que seguir siendo una herramienta de trabajo para aquel que tenga implicación en el ámbito cultural, pero sobre todo, para el pueblo en general, que es el principal protagonista de esta obra.

Los instructores seguimos siendo hijos de aquellos sueños convertidos en realidades y si bien hemos tenido nuevos derroteros, en estos últimos años demostramos ser fieles a ese empeño de seguir salvaguardando el patrimonio cultural de esta Isla.

La rememoración de estos días ha servido para que sigamos apostando a la preservación de esas conquistas, para que luchemos fervientemente por defender esa cubanía que nos hace tan únicos y a la vez universales.

Hagamos entonces desde cada lugar lo que nos corresponde, sigamos siendo mejores, pasemos —como se dijera en aquel entonces— a la posteridad, para que las generaciones futuras puedan decir la última palabra.

Nota: Palabras leídas en el acto por el 55 aniversario de *Palabras a los intelectuales*, en el teatro de la Biblioteca Nacional José Martí. 30 de junio de 2016.

[Ir arriba](#)



---

Publicación digital de la Comisión de Cultura y Medios de la Unión de Escritores y Artistas de Cuba, en colaboración con la Asociación Hermanos Saíz y el Ministerio de Cultura.

Consejo Editorial: Elier Ramírez Cañedo, Magda Resik, Luis Morlote, Rolando Pérez Betancourt, Paquita Armas Fonseca.

Estos textos pueden ser reproducidas libremente (siempre que sea con fines no comerciales) y se cite la fuente.

Nuestro correo electrónico: [revistasedicecubano@gmail.com](mailto:revistasedicecubano@gmail.com)

---

[Ir arriba](#)